



# Pasadizos

Juan Herrezuelo

**L**narrativa  
Instituto de Estudios Almerienses



# **PASADIZOS**

JUAN HERREZUELO

ALMERÍA  
Instituto de Estudios Almerienses  
2011

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

Colección Letras. nº 46

Serie: Narrativa

Pasadizos

© Texto: Juan Herrezuelo

© Edita: Instituto de Estudios Almerienses

[www.iealmerienses.es](http://www.iealmerienses.es)

ISBN: 978-84-8108-489-4

Dep. Legal: Al-132-2011

Primera Edición: Enero 2011

Maquetación: Servicio Técnico del IEA

Imprenta: Gráficas Piquer

Impreso en España

## Índice

Nota del autor	8
Los invisibles	11
Plano secuencia	25
Los malos actos	33
Silencio purísima y oro	41
Tempus fugit	67
Trópicos urbanos	73
Los sueños deshabitados	81
Los pasadizos de la ficción	97
Volver a ser	129



*“Hace veinticinco años, cuando me di cuenta de que nunca podría escapar de esta maldita cárcel, encontré una solución para no volverme loco: inventé una granja. Es pequeña. Sólo tiene veinticinco acres. Cuando las cosas se ponen feas aquí dentro, cierro los ojos y la cultivo”*

Burgess Meredith en

*El día de los tramposos*, de JOSEPH L. MANKIEWICZ

*NOTA DEL AUTOR*

Buena parte de estos nueve relatos aparecieron publicados en suplementos de diarios locales, uno de ellos en un libro de temática taurina y tres permanecían inéditos hasta ahora. Asumo, para haberlos agrupado y corregido, las razones que esgrimió Félix Grande en una antología similar, aunque más extensa, de 1980: el consejo de algunos seres que me quieren, cierto afán —tal vez neurótico, escribió, y yo suscribo— por reunir mis papeles, mi vanidad y, sobre todo, el que estos relatos se nutrieran de obsesiones idénticas —o casi—.

El relato breve, más que la novela, me sitúa siempre en el centro mismo de esa pasión por contar historias que es el origen de la parte de mi vida que está ligada plenamente a la literatura. Sin embargo, y por causas que no les son ajenas a otros escritores, la mayoría de las veces ha de mediar un encargo para que esa historia que te habita durante meses se convierta en un texto escrito. El resultado es que una parte de la obra de uno permanece dispersa y recluida en las hemerotecas.

Cuando decidí reunirlos, me di cuenta de que algunos, simplemente, no encontraban acomodo entre los otros, no poseían esa segunda lectura que es privilegio de los buenos relatos, y fueron desechados; descubrí también que los que más me gustaban no permitían otro orden que el que al final tienen aquí, que no es cronológico, sino que está determinado por cierta identidad íntima más que argumental o de estructura: en definitiva, este libro venía componiéndose de manera inadvertida estos años, y tan sólo fue preciso escribir el último para que todo el conjunto adquiriera su sentido propio.

El más antiguo, *Tempus fugit*, vio la luz en el diario Ideal, en 1997, aunque había sido escrito algunos años antes. El más reciente, *Los pasadizos de la ficción*, es el resultado de una rigurosa reescritura a la que he sometido un relato que hubiera debido figurar entre los que conformaron mi primer libro: cuando en aquel ya lejano 1991 Antonio Muñoz Molina aceptó publicármelo en una colección de narrativa que entonces dirigía para La General de Granada, tenía mediado un cuento con la misma línea argumental que el que aquí aparece, y ocurrió que el peso de saber que aquello que yo escribía pasaría a ser directamente incorporado a un libro envenenó el proceso creativo. Terminé aquel cuento, pero el resultado fue tan lamentable que no se lo di a leer a nadie. El año pasado, al fin, lo descarné por completo hasta dejarlo en su pura síntesis estructural y procedí a darle nueva vida con un placer por la escritura que hacía mucho no sentía.

*Silencio purísima y oro*, de 1999, sólo ha existido hasta ahora como texto taurino, es decir, como relato de género leído fundamentalmente por los aficionados al género, y quiero creer que más allá de tales límites la historia se abre como un abanico y deja ver una tela extendida en semicírculo que era casi un secreto entre las dos guardas.

El resto, salvo el primero y el último, publicados ahora por primera vez, fueron apareciendo en diversos suplementos de La Voz de Almería a lo largo de esta última década, aunque *Los sueños deshabitados* pertenece a una época anterior: a los años gozosos en que formé parte de una tertulia literaria, “Calle Suipacha” –advíertase la resonancia cortazariana-, donde nos entregábamos con inquebrantable entusiasmo a juegos literarios que eran mucho más que un juego: eran la materia misma de la

que estaban hechos nuestros afanes de juventud en un tiempo en que soñar con el porvenir aún era posible. Hay otro relato con el mismo título en el primer libro de Miguel Ángel Muñoz, *El síndrome Chéjov*, y otro más, firmado por Francisco Ortiz, en algún lugar que espero intocado por el olvido.

La vida fue al fin, como oí en una ocasión, eso que nos iba pasando a todos mientras nos empeñábamos en que fuera de otra manera.

## Los invisibles

A estas alturas ya no importa, claro, pero recuerdo bien que apenas tomé la decisión de volverme invisible lo primero fue establecer que no debía contarle a nadie mi propósito. El secreto, que habría sido una medida aconsejable para llevar a cabo un experimento encaminado a lograr lo mismo mediante una combinación de sustancias químicas, pongamos por caso, era de todo punto imprescindible tratándose de una forma social de invisibilidad: lo que en realidad buscaba era la inexistencia en vida, ser ignorado hasta el completo desvanecimiento de mi persona, una culminación del no ser tenido en cuenta.

Algo así no se le ocurre a uno por capricho. Yo quise forzar mi invisibilidad cuando tomé conciencia de que empezaba a ser tratado como si ya fuera invisible. Quién no ha tenido la impresión de que sus palabras caen a veces en el medio de una conversación como una piedra en el agua, quién no se ha sabido de pronto desdibujado por el repentino silencio que despierta, por esa incómoda espera de la que tú eres el centro y los círculos que se abren y, poco a poco,

también la superficie que se aquieta, la voz sumergida bajo las otras voces que reanudan la conversación. Quién no. Lo terrible es cuando esa sensación se convierte en rutina.

Fue por mi voz, precisamente, por donde comencé a desaparecer, primero inconscientemente, hablando cada vez menos cuando nos juntábamos los amigos, temiendo decir alguna inconveniencia, alguna estupidez, callando cada vez más en casa, en el trabajo, ante el médico, en el supermercado. Tenía la convicción de que a nadie le interesaba cualquier explicación adicional que pudiera darle, y al cabo de un tiempo mi reserva dejó de ser apocamiento para hacerse voluntad de guardar silencio, de ocultar mi voz. Acaso quienes logran la incorporeidad, si es que alguien lo ha logrado fuera de la literatura, acaben con el tiempo olvidando cómo era su rostro; acudirán a las fotografías y ellas les dirán cuál fue su aspecto, pero no cómo han envejecido; sabrán quiénes fueron, pero no en qué se han convertido. Yo sí puedo verme en un espejo, pero casi no recuerdo cómo era mi voz antes de que empezara por ella mi proceso de invisibilidad social. Si escucho alguna de las grabaciones que conservo (la cinta de casete en la que recité para Alejandra, cuando éramos novios, unos poemas de Neruda, el vídeo de la boda) evoco sobre todo aquella sensación de no identificarla como mía, ese extrañamiento de quien escucha su propia voz y se avergüenza. Evoco el rechazo. Y es entonces cuando comprendo que he desaparecido como sonido incluso para mí mismo.

Sin embargo, sé que hubo un tiempo en que fue la voz de un hombre divertido, rápido en las réplicas, oportuno en la explicación brillante. Tomaba la palabra y era escuchado. Tenía esa clase de conocimientos inútiles pero fascinantes: quién había dirigido tal película de los años cincuenta, quién había pintado aquel cuadro, quién había escrito esa novela que ninguno de mis amigos iba a leer nunca. Era una edad en que este tipo de comentarios, deslizados entre copas y bromas, sugieren la idea de un prometedor porvenir. Yo parecía tenerlo todo a mi favor para triunfar en la vida, y cuando a finales de milenio y de treintena yo continuaba hablando aún de cosas como cultura o compromiso cívico, todos aquellos que me habían atendido con una admiración mal disimulada diez, cinco años atrás, ahora se mostraban irritadamente condescendientes si yo confesaba no saber la diferencia entre un modelo de coche y otro, ni quién había jugado de lateral izquierdo, ni qué era un tipo de interés variable.

Entonces encadené varias adversidades consecutivas. Un médico nos dijo a Alejandra y a mí que era inútil seguir intentando tener ese hijo que tanto deseábamos; casi inmediatamente, la empresa para la que yo trabajaba fue absorbida por una multinacional pocos días antes de que tomara posesión de mi cargo de subdirector, y la nueva dirección impuso unas condiciones laborales que muy pocos en la plantilla fueron capaces de aceptar. Me despedí por orgullo antes de que me fueran despidiendo poco a poco, in-

vertí los ahorros de muchos años en unos terrenos que luego no recalificaron, y el dinero que no perdí de este modo lo perdí luego en un negocio a la desesperada cuyos entresijos me eran ajenos.

Supongo que de todas las formas de encarar un fracaso yo fui elegido por la más patética: me volví un hombre taciturno, gris. Mi entorno se mostró solidario al principio, luego piadoso, luego precavido. La tristeza, que es el vehículo que la mala suerte utiliza para propagarse de un ser humano a otro, produce una extraña sugestión de contagio a la cual sólo es posible oponerle, al parecer, la inmunidad de la falta de aprecio. Un hombre triste es alguien condenado a una invisibilidad de medias tintas: está pero como si no estuviera, escucha pero como si no pudiese entender y no le importara, habla poco, cada vez menos, y es como si los otros evitaran hacerle a su voz un hueco en su felicidad y en su buena fortuna, un hueco en la realidad, entre las cosas audibles.

Un par de veces pensé en quitarme la vida, lo confieso; no en un arrebato de amargura, sino de orgullo. Pensé en privarle al mundo, y muy especialmente a quienes me conocían, de mi existencia. Imaginé una forma de suicidio que me permitiera expresar mi desprecio: viajar a una ciudad extranjera sin documentación alguna pero con los bolsillos llenos de elementos que embarullaran mi identidad —monedas inglesas, un periódico francés, un billete del metro de Roma- e ingerir una dosis letal de barbitúricos. Para unos desaparecería en la nada, sin dejar rastro; para

otros me convertiría en una intriga, en una especie de misterio póstumo.

Era algo infantil, claro, en su idea esencial y en sus complejos pormenores; era la forma en que un niño baraja la posibilidad de morir para abrumar a los adultos con la culpa. Y dejarse ganar así por una rabia pueril era también, y es eso lo que acabó importando, una especie de ir desapareciendo hacia atrás, hacia el que fui y ya no volvería a ser. Al mismo tiempo me sentía solo, solo en medio de una multitud, como tantas veces se dice. Qué más necesitaba para desear ser invisible, o para empezar a serlo ya.

Lo primero fue establecer que no debía contárselo a nadie, es cierto. Y lo segundo, si no hubiera estado tan repentinamente cegado por mi proyecto, habría sido aceptar que no tenía a nadie a quien decírselo. Una tarde miré a Alejandra como si de verdad fuera una despedida, como si de verdad a partir de ese día ya no tuviera que preocuparse más por mí, por nuestro desdichado matrimonio, por aquel no respetarnos en que se había convertido el amor. Entré en el cuarto de baño y me afeité la barba, mi barba de tantos años, con la que ella me había conocido, con la que todo el mundo me identificaba, una barba no muy poblada que se había vuelto prematuramente gris en algunas zonas. Me miré en el espejo las mejillas desnudas, e incluso para mí mismo se trataba de una cara nueva y sin el menor interés. Es así, lo había comprobado más de una vez: un hombre que siempre tuvo barba adquiere al quitársela, y de por vida, el aspecto de

alguien que está a punto de ser reconocible pero no llega a serlo nunca; deja de ser quien fue para convertirse en nadie, evoca en cierto modo al de toda la vida, pero en el fondo es un desconocido a quien no puede tratársele como si fuera un desconocido. Un hombre que siempre tuvo barba parece desmejorado cuando se la afeita, como si sólo la enfermedad hiciera comprensible el haber tomado esa decisión. No existe una desnudez repentina que llame menos la atención que la de las mejillas. Incluso una mano es excitante cuando se desprende de un guante.

Quien no quiera aceptar que cuanto hice a partir de aquel día para volverme invisible respondió a una metodología absolutamente científica, jamás será capaz de lograr la invisibilidad. Podrá parecer un disparate, pero mi labor se basó en la observación y en el análisis; manejé estadísticas, estudios de psicología y sociología; hubo tentativas fallidas, pequeños avances que abrían nuevas oportunidades de experimentación, pruebas irrefutables de que en ciertas ocasiones parecían no reparar en mí quienes me tenían delante. Cuando esto sucedía, o cuando alguien respondía a mi saludo diciéndome “perdona, pero no te había visto”, yo trataba de inventariar todas las circunstancias que habrían podido influir, en mayor o menor medida, en ese breve, y todavía virtual, episodio de inexistencia, y luego buscaba coincidencias con respecto a anotaciones anteriores.

Por ejemplo: obtuve un sonoro fracaso al cambiar mi permanente aire de infortunio por una

sonrisa neutra y algo tonta, la clase de sonrisa que no remite a ningún estado de ánimo concreto; creí que si perdía la sombra de abatimiento con que mi presencia se posaba sobre todas las cosas me volvería más inmaterial, pero lo que ocurrió es que desperté un malicioso interés entre la gente con la que aún me relacionaba, pues creyeron —o jugaron cruelmente a creer- que tenía una aventura amorosa. Supongo que fue por cambiar de imagen y de estado de ánimo casi al mismo tiempo. Un completo desacierto. De modo que regresé a la tristeza, y descubrí que ahora me veía obligado a fingirla, no porque fuera feliz, sino porque tenía un objetivo en la vida, ambicioso, audaz y al alcance de la mano.

Durante un año experimenté con toda clase de fórmulas: prescindí de cualquier olor, el corporal duchándome dos y hasta tres veces al día, pero también el de lociones, jabones o desodorantes perfumados; incluso aprovechaba cualquier ocasión para hacerme enjuagues de boca con una solución de agua, bicarbonato y fluoruro de sodio que llevaba en una petaca, de tal manera que mantuviera el aliento siempre fresco pero no mentolado. Y dejé de fumar, no sólo para suprimir el olor de la nicotina y la ceniza, sino buscando ese anonimato social de los no fumadores. No es que sean —que seamos- pocos, al contrario: somos una multitud invisible, que no molesta, que carece de esa gracia gestual con que los dedos destejen cada cigarrillo como si danzaran con una serpentina de humo. Lo he comprobado: ni siquiera los no fumadores reparan

los unos en los otros, en tanto que los fumadores no pueden evitar, siquiera inconscientemente, observar cómo los demás sostienen el cigarrillo y se lo llevan a los labios. Los fumadores se ofrecen tabaco, o lo piden cuando ven a alguien encender un cigarrillo, establecen como una especie de santo y seña con el cual se reconocen por la calle, hablan constantemente del hábito mismo, de si lo quieren dejar, de si se sienten acosados. En definitiva, fumar hace que una persona sea, gozosa o perniciosamente, visible.

Conseguí emplearme como taquillero de unos multicines, un trabajo de críos pésimamente pagado, pero, ¿alguien recuerda la cara de quien le vendió dos entradas para la sala cuatro? Empecé también a vestir siempre la misma ropa, un poco pasada de moda pero no tanto como para llamar la atención, un atuendo soso y sin gusto, de colores apagados, confección vulgar y tejidos sintéticos, comprado en esas tiendas de barrio que son, que han sido siempre, como la negación obcecada de la modernidad. Y podría hablar del corte de pelo, y de una determinada forma de caminar por la calle, de entrar a los sitios, de ceder el paso a otros... Fueron tantos detalles y tan meticulosa la manera de ir analizando el resultado de ponerlos en práctica, que sería largo explicarlo todo; largo e imprudente, si he de ser sincero. O, cuando menos, indiscreto: al fin y al cabo se trata de la fórmula para lograr la invisibilidad.

Porque a base de no dejarme oír, de no oler a nada en absoluto, de esconderme tras la opacidad so-

cial de la tristeza y del mal gusto estético, de renunciar poco a poco a tocar y a ser tocado, de desdibujarme, en suma, un día sentí que al fin podía ver sin ser visto. Mejor dicho: un día constaté que ya no era visible. Lo de sentirlo venía de antes, a ráfagas, ocasiones muy concretas en que mi corazón se aceleraba si una o más personas me ignoraban por completo, y entonces yo pensaba, erróneamente, que el proceso había concluido. Estaba en el camino, es cierto, y acaso la invisibilidad se fue dando en brevísimos anticipos, como el parpadeo con que se va anunciando el fundido de una bombilla. Hasta que un día, ya he dicho, los amigos, las personas a las que aún seguía llamando amigos, hablaron de mí en el mismo tono desdeñoso con que solía hablarse del que no estaba presente, y en un momento dado uno de ellos dijo “pues yo no vuelvo a esperarlo ni cinco minutos la próxima vez que se retrase”, sin caer en la cuenta de que ya hacía tiempo, tal y como había comprobado a escondidas, que no me esperaban si acudía deliberadamente tarde a las citas. Y en un momento dado, aquel día solemne, trataron de cuadrar la cuenta que les había traído el camarero y lograron que éste reconociera haber anotado un café de más y pagaron las consumiciones y se fueron, dejándome allí sentado, sonriendo, mirando cómo el camarero recogía las tazas y los vasos y limpiaba la mesa, y cómo, acto seguido, una pareja ocupaba el sitio que habían dejado mis amigos, con total naturalidad, él a mi izquierda y ella a mi derecha, y empezaban a hablar de sus cosas.

Aquella misma noche Alejandra apagó el televisor cuando terminó la película que habíamos estado viendo en completo silencio, apagó la luz del cuarto de estar, dejándome a oscuras, se fue al dormitorio y se acostó. Nunca más ha vuelto a dirigirme la palabra o la mirada. Cuatro meses después de esa noche, llegó a casa acompañada de un hombre al que yo no conocía, se prepararon una cena romántica y se fueron a mi cama antes de terminársela —me comí lo que quedó en los platos mientras gozaban casi a gritos al fondo del pasillo—. Tuvo que pasar otro mes antes de que ese hombre se instalara definitivamente allí. Desde entonces duermo en el sofá y procuro hacer el menor ruido posible, como si fuera mi propio fantasma.

Y así ha sido mi vida desde hace casi un año. Si en los supermercados cojo de tarde en tarde número para las secciones de carnicería o pescadería, en lugar de elegir entre la comida que ya está envasada, es sólo para recordarme la forma en que los dependientes y el resto de compradores actúan como si yo no estuviera allí ni agitara mi brazo alzado. Quienes vienen al cine en que trabajo piden sus entradas en voz alta, clara y lenta, como dirigiéndose a una máquina que al instante les expende su pedido y las vueltas. En las cafeterías puedo sentarme junto a cualquier mesa y escuchar las conversaciones con total impunidad y descaro. A veces pienso que podría desnudarme completamente en mitad de una calle concurrida sin que pasara nada, pero temo que la piel obre el prodigio inverso de la visibilidad, de modo que no lo hago.

Y todo estaba bien hasta esta misma mañana, cuando, sentado en un banco del parque, me pareció que el anciano que estaba frente a mí me observaba. Le había visto caminar con dificultad, apoyándose en una muleta. Luego se había sentado no sin esfuerzo en el banco de enfrente. El hombre era viejo en un sentido antiguo; era la clase de viejo que se veía en mi niñez, cuando ese hombre tendría la edad que yo tengo ahora, y posiblemente la clase de viejo que él mismo vería en su propia niñez, antes de que yo naciera. Esa forma al parecer eterna, al parecer transmitida de generación en generación, de envejecer. De ahí que su muleta, una muleta ortopédica de diseño actual, sin más, provocara inconscientemente una cierta sugestión de anacronismo, de salto en el tiempo. Respiraba con dificultad, y con dificultad sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón. Se frotó los ojos y las comisuras de la boca. Entonces fue cuando pareció que me miraba. Me desplazé al otro extremo de mi banco, para confirmar si era cierto, y aquel pobre viejo solitario me siguió con los ojos. Levanté una mano y la moví de derecha a izquierda, como se hace ante un rostro que creemos ciego o hipnotizado, y el viejo levantó la barbilla a modo de saludo, carraspeó, suspiró.

—Puede usted verme, ¿no es cierto? —pregunté.

—Y usted a mí, parece —respondió, con una voz tan frágil como lo serían sus huesos.

—Claro que puedo verle. Pero es que creí que yo era invisible.

—¿Lo creía, sólo? Ya llegará a estar seguro, como yo. Mire usted, un viejo. Qué quiere. —Y tosió, y carraspeó.

—Entonces...

—Y malo que estoy, además. Ya ve. Y mire, mire mi mano. ¿Usted sabe la cantidad de años que hace que esta mano es el estuche vacío de la mano de mi hijo?

—Pero entonces, yo... ¿Soy o no soy invisible?

Pero el viejo pareció desentenderse por completo de mí. Desvió la mirada hacia el fondo de la vereda, por donde de vez en cuando venía alguien caminando, o corriendo, y luego la clavó en el tramo de albero que nos separaba. Pensé que para los otros era un hombre viejo que había entablado un breve diálogo con el vacío, y que no sería la primera vez. De pronto se fue dejando caer despacio a un lado. Creí que se estaba quedando dormido, pero al desdoblar el brazo la muleta se vino al suelo y, como un eco de esa caída, su cuerpo entero se desplomó en el banco. El brazo hacia fuera, las piernas como aplomadas y livianas a un tiempo, como si fueran las piernas de alguien que aún sigue sentado, los ojos entreabiertos. Busqué esos ojos ladeando la cabeza, porque me habían visto hacia nada, unos minutos, y quizá... Quise abalanzarme sobre él, pero en la misma fracción de segundo en que mi instinto empezaba a empujarme, percibí, supe, que nadie se había dado cuenta de lo que había ocurrido. Entonces esperé un poco, no sé por qué. Una pareja de jóvenes pasó entre los dos, luego una señora con

un perro, y, desde el otro lado, alguien en bicicleta. Esperé un poco más, ya sin el corazón encabritado. No los recuerdo a todos, naturalmente. Ni siquiera sé cuántos. Digamos decenas: decenas de personas atravesaron el espacio que me separaba de aquel cuerpo torcido e inerte, unos cuatro metros, aproximadamente, y a veces yo me volvía para ver cómo se alejaban a derecha o izquierda, y a veces no.



## **Plano secuencia**

Junto al tablero de ajedrez vemos una copa alta, delgada, llena hasta la mitad de un cava que no burbujea ya, que se diría tibio y sin fuerza, pero en el cual parece hundido, miniaturizado, bailoteante, el fuego de la chimenea. Una agradable luz azul viene y va, incide en el cristal convexo, provoca un mínimo destello en el borde, se hincha, pluma de garza real, acentúa durante medio minuto la intimidad, apenas algo menos que penumbra añil, medio minuto y luego se apaga de nuevo y de nuevo sólo queda el claror anaranjado de la chimenea. Nuestras sensaciones se amplían: sentimos el olor de la encina prendida, el chasquido de la leña, el calor de la habitación, la lentitud geológica de la escena. Junto al tablero de ajedrez y la copa, un cenicero, una mano que deja un cigarrillo humeante, una mano de mujer que también remite en todo al rubor de la chimenea: en sus movimientos cálidos, despaciosos y como afelpados, en el juego de sombras que sus dedos proyectan sobre las primeras casillas blancas y negras, sobre las primeras figuras, un rey y una torre. Son piezas convenciona-

les, de madera torneada, de aproximadamente ocho y siete centímetros, un rey negro en posición e8, una torre del mismo color en el escaque contiguo. Solas. La segunda y la tercera filas de casillas están vacías; pasamos lentamente los ojos de una a otra, desde muy cerca, las casillas brillan como suelo encerado, las últimas, octavas, están empequeñecidas por la perspectiva, allá al fondo, trapecios tendidos, blanco, negro. El rey y la torre que lo ampara parecen aislados, como ajenos a la partida que termina justo ahora: “Jaque mate”, dice una voz de mujer, y en ese instante vuelve la luz azul.

En la cuarta fila, repentinamente un escaque deja de parecer esmaltado y liso para sugerir una textura rugosa, una granulación que excede muy poco los límites; se trata al principio de un escaque blanco, pero luego también de uno negro, y al momento nos encontramos frente a toda una serie de cuadrados ásperos, terrosos, y aquí o allá, en el blanco o el negro, una piedra, hendiduras como de rastrillo, un matojo seco brotando del polvo que cubre la tierra jaquelada. Justo donde se inicia la pendiente de la colina, un peón solo que es también un soldado tembloroso, tumbado en el suelo, con los ojos cerrados y la mano muy próxima a la empuñadura de la espada aunque por completo desertada de ella. El primer hombre, la primera noción de supervivencia, de vergüenza y terror, la retaguardia acobardada que dejamos atrás en nuestro ascenso, un paso blanco, otro negro.

Al superar la cima de la colina divisamos al fin, bajo un cielo pálido, la humeante extensión del campo de batalla, toda la parafernalia del militarismo medieval rota y desperdigada en un vasto espacio. Apenas comenzamos el descenso hacia el valle sembrado de cadáveres y estandartes desgarrados, el primer muerto. No nos detenemos; lo miramos de reojo, y aunque quisiéramos horrorizarnos, intuimos que ese cuello atravesado por una flecha de ballesta y esas vítreas pupilas son solamente mínimos anticipos de las infinitas variantes de la muerte que se hacinan en el valle. El mismo aire poco tiene ya del comfortable olor de la leña de encina, y nuestras primeras lágrimas y toses provienen de la densa humareda que se alza de los cuerpos y de la asfixiante hedentina de la carne calcinada. Hombres, cabalgaduras, algún que otro elefante erizado de venablos, sangre, armas: ni un solo metro de terreno sin cubrir por estos jirones de la cruenta batalla recién librada. Y nada se mueve, excepto lo liviano: el humo, las plumas, las telas y los cabellos; de todo esto parece tironear el pico del aire. Es un viento de rapiña, que se ceba en la quietud de la muerte, que mordisquea el silencio, y lo agita, que silba en las heridas abiertas, que penetra en las corazas y aúlla, que estremece el plumaje de los inmóviles buitres. Quisiéramos taparnos la nariz y la boca, pero para qué, si lo peor nos entra por los ojos; y los ojos han de permanecer abiertos, no sólo porque aquella sangrienta escombrera de pedazos de cuerpos y de armaduras y de enseñas hechas hilachas y rasgones

existe únicamente por y para ellos, sino también porque hemos de saber dónde poner los pies entre tanta carroña mientras seguimos avanzando. Es difícil precisar qué mano agarrotada, qué hueso, qué yelmo hundido, qué brazo separado del tronco, qué espaldar, qué estribo, qué intestino cae dentro del cuadrado de tierra blanca o del cuadrado de tierra negra. Es difícil, casi imposible, señalar los miembros de un caballero o de un plebeyo entre aquel fúnebre desbarajuste de panoplias desguazadas, escudos partidos, sonrisas tétricamente descarnadas, barbas estropajosas, grises y abundantes en cabezas sueltas, guanteletes asidos fantasmalmente a riendas de caballos muertos, morriones hendidos por enormes hachas, cotas de malla traspasadas, pañuelos de seda enfangados de sangre y atados a rojos muñones, espadones, mazos de hierro, cascos empenachados cubriendo a veces no más que un mínimo resto de masa encefálica caída en el suelo, dedos ensortijados, orejas, desgarraduras de ricas telas y de blusones de estameña, leones rampantes bajo cruces flordelisadas o cabezas de sierpe lampasadas de gules en campo de oro, así hasta el horizonte. Por todos lados se ven restos de hogueras, trapos quemados en puntas de flecha, antorchas apagadas pero sumando un humo pardo a la humareda neblinosa empujada y esparcida por el viento frío, rodillos de estopa y espinos que parecen haber dejado de arder hace unos minutos y troncos ahora carbonizados, también humeantes. Humo, humo y sangre, y de repente, con la colina ya muy atrás, a nuestra espalda, también un

llanto. Cada vez empieza a ser más frecuente que oigamos la voz casi animal de soldados mal rematados, hombres que gimen o imploran —pero qué imploran ya, si en cualquier caso no tardará en empezar a ganarles la gangrena-.

Atravesamos ahora las ruinas de una aldea, las viviendas objeto de saqueo, sus muros derruidos, los restos del día de mercado, viejos, mujeres y niños tendidos entre la verdura, la fruta, el pescado, las cacerolas de barro, las aves de caza, los embutidos, los toscos adornos, cáscaras de huevos y yemas reventadas, charcos sucios, bostas de caballo, gallinas que picotean, moscas, desertores ocultos, peones que simulaban la muerte y atisban tras los huecos de las ventanas. Recorremos ajedrezados campos de labor hasta alcanzar el muro del castillo blanco; nos detenemos junto a las catapultas y frente a las torres de almenas demolidas, frente a la piedra blanca renegrida por una orgía de fuego ya extinguido, frente al andamiaje de las construcciones de asedio. Evaluamos nuestro propio coraje, tratamos de decidir si merece la pena abrirnos paso entre la soldadesca negra que ha tomado posiciones alrededor de la fortaleza, que permanece fuera porque todo ha terminado ya. Pero la voluntad de entrar o de renunciar a hacerlo no nos pertenece: hemos de acceder al castillo rendido porque sí, porque somos la mirada que está cruzando el tablero de un extremo al otro.

Ya dentro del recinto nos atrae un corro de vencedores en una escalera de piedra. Nos mezclamos

con ellos, los apartamos, buscamos el centro de su atención y acabamos mirando, silenciosos también nosotros, e impávidos, la reina blanca degollada y goteante. El corro vuelve a cerrarse a nuestras espaldas cuando retomamos el ascenso de los peldaños hasta el doble portón violentamente sacado de sus goznes; saltamos por encima del ariete, nos hundimos en la penumbra, deambulamos por corredores donde reverbera el eco de unos gritos, sorteamos el mobiliario abatido, los montones informes de tapices arrancados, las desgarraduras púrpuras de los cortinajes de terciopelo, el ultraje de los blasones, más cuerpos, los últimos, quizá, confundidos entre el desorden y la desolación en que se ha convertido la opulencia de los moradores derrotados. Alcanzamos el amplio salón del trono. El ajedrezado del suelo vuelve a ser liso, marmóreo, y sus casillas parecen infinitas. Un rastro de sangre parte de la entrada y se aleja en diagonal, como si un alfil hubiera arrastrado un cadáver. Nos desplazamos entre las columnas laterales, sigilosos, escondiéndonos de los dos personajes finales que allá en el fondo se miran en silencio, la reina negra dándonos la espalda, el monarca blanco aferrado a su regio sillón doselado. Llegamos a su altura y observamos el lento movimiento con el que la reina alza el brazo que sostiene la espada, las mandíbulas apretadas del rey, los párpados que se cierran para aceptar el golpe. Nos detenemos un instante en esas dos últimas filas de escaques. Las dos figuras juntas son piezas convencionales, de madera torneada, de aproximadamente ocho

centímetros. Junto al tablero hay una copa de champán volcada, como volcada está la silla en que estaba sentado el otro jugador. Las llamas de la chimenea abrazan un tronco, le arrancan súbitas crepitaciones. En la alfombra, junto a la silla, un hombre tendido. Nos acercamos a él, recorremos con los ojos la extensión de su cuerpo, llegamos hasta el tajo abierto en el cuello, nos volvemos hacia su mano y fijamos nuestra atención en el papel que aprietan, aún con fuerza, sus dedos: una carta de amor, nos decimos en voz baja, sin saber de dónde proviene nuestra convicción: es una carta de amor que contiene una despedida. Quisiéramos alzar la cara hacia la puerta, pero apenas nos atrevemos a mirar desde el nivel del suelo, como agachados junto al cadáver, como temerosos de saber más, y de esta manera sólo logramos ver el pie de un árbol de Navidad, entre cuyas ramas de tanto en tanto se ilumina una serpentina de pequeñas bombillas azules, unos zapatos de tacón, dos hermosas piernas femeninas, el brillo de unas medias, el borde de una falda, la puerta que lentamente se cierra.



## Los malos actos

Ustedes creen conocer mi historia, punto por punto, gracias a los periódicos, como creen conocer todo cuanto leen en la prensa. Bien, no es mi tarea despojarles de tal ingenuidad, ni mi propósito censurar el trato caricaturesco que los periodistas me dispensaron en sus mezquinos artículos, ni mucho menos deseo asegurarles que todo aquello que se dijo sobre los pormenores del suceso protagonizado por uno de los más venerados autores del teatro español actual, yo mismo, fuera más sencillo de lo que pretendió el sensacionalismo de tantos. Muy al contrario: ni uno solo de los gacetilleros que ambicionaron sus cinco minutos de gloria embarullando mi drama se aproximó siquiera a la inexplicable naturaleza de lo ocurrido.

Yo personalmente escogí a Mario, el joven actor que protagonizaría mi obra. Nadie me lo recomendó, nadie lo introdujo en mi vida con ardides, nadie quiso cobrarse un favor ni mi mujer intercedió por un amante imaginario. Ella no lo conocía en absoluto. Creo que nadie lo conocía más que de

oídas. Ésta es la primera y única imprecisión que me permitiré corregir. A partir de ahora tendrán que cotejar cuanto les diga con lo que apareció escrito en su momento. Me habían hablado de él y era exactamente lo que buscaba: alguien desconocido para el gran público y con talento, una futura estrella del teatro. No le vi en su *Calígula*, que tantísimo me ponderaron y que, sin embargo, tan pocos días estuvo en cartel: casi nadie quiso aceptar un Camus tan licenciosamente vanguardista. Sí asistí a un par de representaciones de la obra de Buero en la que Mario tenía un pequeño papel en el primer acto: su interpretación era tan impactante, tan emotiva, tan carismática que uno no podía dejar de pensar en aquel personaje a lo largo de los otros dos actos.

La primera vez que le vi fuera del escenario, tuve la clara sensación de haberme equivocado al convocarle para la prueba. No había nada en él que hiciera pensar en un actor mínimamente experimentado: los nervios le imprimían un decepcionante matiz de estupidez a su sonrisa, y parecía la clase de persona que se ilusiona por las cosas con una intensidad paralizante y que está por ello condenado de antemano a malograr sus mejores oportunidades. Recorrió el pasillo central del teatro estrujando entre sus dedos el curriculum vitae que le habíamos solicitado, y su voz al presentarse resultó prácticamente inaudible.

En un solo detalle mejoraba aquel hombre la imagen que yo tenía de él: Mario era extraordinariamente

atractivo, mucho más de lo que podía advertirse desde el patio de butacas. Eso provocaba que su torpeza no resultara ridícula o desdeñable, sino ciertamente conmovedora; la belleza física determina esa sugestión en las primeras impresiones. Apenas lo tuve a mi lado, lamenté que Laura hubiera acudido aquella tarde a la preselección del reparto. Supongo que todo hombre maduro que mantiene relaciones con una mujer recién salida de la adolescencia se incomoda ante la apostura masculina hasta ese extremo. De hecho, no dejé de vigilar con incisivo descaro, casi con desafío, el rostro de Laura mientras Mario ascendía las escaleras laterales y alcanzaba el escenario: aquel primer día mi tercera esposa no dio muestras en absoluto de reparar en su presencia, aunque sin duda lo habría hecho de no haberse marchado a gastar cuantiosamente mi dinero justo antes de que iniciara la lectura.

Porque lo cierto es que apenas Mario fue iluminado allá arriba por la intensa luz de los focos, apenas se acercó al proscenio hojeando por encima el libreto que alguien le había dado junto a la cortina, todo él se transfiguró por completo: sus titubeos se volvieron aplomo, su aparente timidez se convirtió en concentración y severidad, su voz balbuceante en un trueno que hizo temblar la quietud del teatro vacío.

Los ensayos se iniciaron a comienzos de octubre, y durante la primera semana no sucedió nada anormal. Mario demostró poseer unas dotes interpretativas excepcionales, una memoria prodigiosa y una capacidad de liderazgo absolutamente cautivadora. De vez

en cuando me sugería desde el escenario pequeñas modificaciones del diálogo; su personaje era el centro en torno al cual giraba toda la obra, así que en parte tenía derecho a determinadas prerrogativas, por ejemplo ésa: proponer algunos cambios, enriquecer, según lo estimase oportuno, su papel. Nunca dijo correcciones o mejoras. Siempre modificaciones, cambios, matizaciones. Se trataba de sutilezas, de palabras sueltas, de mínimos gestos que solían ser aceptados por mí sin inquietud, porque ni yo mismo podía recordar con esa precisión después de tantos años.

A comienzos de la tercera semana, una de esas “matizaciones” abarcó toda una escena, incluyendo diálogos y acotaciones: según él, era imposible que su personaje se condujera de determinada manera, la sumisión que muestra aquí, dijo, no se corresponde con su personalidad, es absurda. Lo que debería haber sido mi lógica reacción contrariada se ahogó en el estupor. Yo había dibujado un personaje perfectamente beatífico, había usado de todo mi talento para dulcificar ese áspero carácter del que fui prisionero durante toda mi juventud. La obra era autobiográfica, en efecto, pero nadie estaba en condiciones de percatarse de ello: el protagonista carecía por completo de aspiraciones literarias, las dificultades sociales en que vivía en el primer acto a él no le amargaban, mis arrebatos de ira tan frecuentes en aquella época no estaban provocados en el texto por el egocentrismo sino por un anhelo de justicia, mi esposa en la ficción no era tan mayor como la mujer con quien me casé la primera vez, ni

tan rica; mi esposa en la ficción nunca me hubiese negado dinero sabiendo que yo tenía contraídas cuantiosas deudas con rufianes excesivamente proclives al encarnizamiento: me prodigaba, le prodigaba al protagonista, un afecto enternecedor, se iba muriendo poco a poco, a lo largo de las últimas escenas, de una enfermedad cuyo nombre no me había molestado en reseñar. Cada cambio que Mario sugería se ajustaba con increíble fidelidad a situaciones que sucedieron en la vida real. Empezamos a discutir todos los días: mi vanidad de autor y productor no dejó que se manifestasen ni el miedo ni las lógicas precauciones que debí tomar como hombre común. Sería falso decir que su actitud originó un mal ambiente entre sus compañeros. Nadie, excepto yo mismo, parecía irritado por las constantes interrupciones que provocaba Mario; ni uno solo de los actores de la compañía, ni el director, ni Laura, que había empezado a acudir a todos los ensayos.

Cuando comenzamos a ensayar con vestuario y decorados, las sugerencias de Mario se ampliaron a casi todos los elementos del atrezzo: esta puerta debería estar en aquel otro lado; aquí no puede haber un arcón viejo, sino una cómoda y una lámpara de pie; por qué no hacemos que en este punto resuene el estruendo de un tren; en esta habitación nunca hubo una alfombra. Y todo era cierto. Me estaba desmontando la obra, pero acercando cada detalle a los hechos en que se basaba la trama: mi propia vida. Empecé a asustarme de verdad. Ya me resultaba imposible

creer que tan sólo tres meses atrás yo no conociera en absoluto a aquel joven; era alguien que ni siquiera habría nacido el año en que murió mi primera esposa.

Cinco días antes del estreno entré en su camerino a primera hora. Sin gritar, sin perder los nervios, le juré que si no se atenía estrictamente al texto suspendería la obra: no me importaban ni los gastos que ocasionaría ni las suspicacias que se levantarían a mi alrededor. En su camerino, Mario siempre fue aquel primer joven que vi aparecer por el pasillo central del teatro, apocado, inseguro, gris. Aceptó sin reservas, deshaciéndose en excusas, y durante cinco días logró conmovernos a todos en aquella última escena que yo había tardado meses en inventar: qué forma de aproximarse al lecho donde su joven esposa se moría sin remedio, qué forma de tomarla de la mano, de mirarla a los ojos, de llorar, de despedirse para siempre.

Nunca entenderé cómo pudo convencer a la primera actriz para que el día del estreno, en aquella última escena, se maquillara como una anciana y simulara dormir en lugar de permanecer atenta a la entrada de Mario. Todo había ido bien hasta ese momento; el público llevaba dos horas removiéndose emocionado en sus butacas. En cuanto me di cuenta de la forma en que se desarrollaba el final de la obra, comprendí que estaba perdido, y con más fuerza que nunca traté de adivinar quién demonios era Mario en realidad. Cuando el personaje que él interpretaba se acercó a la cama y cogió entre sus manos la almohada sin dejar de mirar a la mujer dormida, me puse en pie,

silencioso, demudado. Aquella mujer intentó inútilmente resistirse mientras la asfixiaban, tal y como ya había hecho treinta años atrás.

Laura desapareció para siempre esa noche, antes de la función. Me dejó una nota en la que, para ser sincero, no me sorprendió tanto su contenido como el descubrimiento de que supiera usar oraciones de una cierta complejidad estructural: me rogaba que no culpase a Mario de su marcha, puesto que él había sido lo suficientemente honesto como para rechazarla.

También él se evaporó en el aire; resultó ser más escurridizo que honesto, y, a pesar de que se cursó citación, ni siquiera asistió al juicio que había propiciado quién sabe si desde el instante en que se materializó de la nada en un teatrillo del extrarradio para admitir que había fracasado en su intento de conseguir la luna, *Calígula*, acto primero, escena cuarta. Yo, por mi parte, no supe hacer mutis de forma inadvertida, y fui detenido en el aeropuerto de Barajas tres días después del estreno. En todas las declaraciones que realicé me venció la vanidad: odio los mecanismos serviles con los cuales hubiera sido imprescindible insistir en una mentira ante los policías, así que no negué nada; al fin y al cabo, estaba convencido de que mi pecado de juventud tenía forzosamente que haber prescrito después de todos aquellos años. Qué sabe uno de estas cosas; cómo iban a importarme los estúpidos detalles que se trenzaban a mi alrededor, si lo que estaba detrás de todo era mi mejor obra. Cuando vuelvan a releer los artículos que

daban noticia de la sentencia, no dejen de fijarse en los elogiosos fragmentos entrecomillados con los que reproducían parte de las críticas recientes. Es lo único rigurosamente cierto de cuanto se publicó entonces.

## Silencio purísima y oro

Tal y como había soñado *Barberillo* aquella misma noche, todo quedó en silencio apenas sonaron el estrépito de los cerrojos y el seco retumbar del portón de madera al golpear la pared. No era esa callada tensión con la que siempre se aguarda la presencia del toro en el ruedo, sino una completa ausencia de todo ruido, un ensordecimiento de onírica y repentina clausura, de urna de cristal, como si los oídos se hubieran sellado de golpe un minuto antes de que el público que abarrotaba los tendidos empezara a celebrar con regocijo la estampa del animal. Cómo no admirarlo, se dijo Pepe Narváez, *Barberillo*, observando la forma en que, parado a unos metros del umbral de chiqueros, se volvía desafiante a un lado y a otro, exactamente como había hecho en el sueño; cómo no sentir por dentro una especie de encantamiento, si era enteramente un toro escultural, un jefe de manada, el ejemplar representativo de una ganadería, una fiera divinidad insometible, alto, ensoberbecido, aleonado. El lento trote del animal se llevó por el aire, levemente, el hilo de baba que le colgaba de la boca. *Barberillo*

recorrió con los ojos la plaza entera, diez mil personas, sol y sombra, desde barrera hasta andanada, vio los gestos, el abigarrado barullo, las bocas que se abrían y cerraban, diez mil bocas, tanto movimiento que no producía sonido alguno... Qué espantoso silencio si no lo hubiese esperado. El toro llegó hasta el burladero desde el que Juanito Buenaventura, el más joven de la cuadrilla, lo había llamado; le encaró sin declinar la testuz, sin amagar la embestida, mirándole a los ojos por encima de las tablas. Más acá, *El Rubio* sacó medio capote desde el callejón y alguien golpeó la madera con la mano abierta: no sonó el golpe.

*Barberillo* miró ahora a su matador, un niño apenas, *el muchacho*, le decían don Rafael y él cuando hablaban a solas, por más que ambos, uno como apoderado y otro como subalterno veterano, se estremecieran con la revelación de su maestría apenas desplegaba la capa (“Don Rafael, el muchacho parece que hipnotizara a los toros, no he visto cosa igual en mi vida, ¿se dio cuenta esta tarde?”), “Pepe, no me dejes que el muchacho vuelva a cambiar de tercio sin que el toro esté picado como debe; tú háblale, que lo vea, que entienda. Para eso estamos tú y yo, Pepe”, “Si es que vestido de luces y con el toro en la plaza el muchacho parece otro, don Rafael, ¿no se da usted cuenta?”, “Bueno, pero tú háblale”).

—Deja que te lo pare Juan. No va a entrar de primeras. Es reservón, el hijoputa. Vamos a ver cómo le toma el capote. Pero no va a querer.

Se ha acercado al joven matador en medio de aquel páramo de silencio, se ha instalado a su lado en el burladero, le ha hablado al cuello, como si algo pudiera interferir en el posible diálogo, como si su voz no fuera lo único audible en el callejón, en la plaza entera.

Pero no, lo único no: el toro pasa ahora frente a ellos respirando pesadamente, bufando, hollando el albero con el tembloroso resonar de sus pisadas. *Barberillo* le hace un gesto a Buenaventura desde la distancia sin que el matador haya dado muestras de haber escuchado sus palabras, atento sólo al animal, inexpresivo, con los ojos encendidos, en absoluto un muchacho.

¿Habría soñado él también aquel silencio, aquella grotesca irrealidad, todo lo que iría sucediendo a partir de ese momento? Y él, ¿por qué había aceptado sin una negativa el enorme absurdo de ver cumplirse poco a poco un sueño premonitorio, como la cosa más natural de este mundo?

Juanito Buenaventura, berenjena y azabache, delgado como un junco, está tratando de llamar la atención del animal desde el tercio. El toro da una vuelta al ruedo completa, embiste sin codicia, fríamente y como de paso, al capote del banderillero, llega frente al burladero tras el que están el joven diestro y *Barberillo* y allí se detiene, con la cara alta.

Un toro comienza a convertirse en su propio mito apenas vacía su sombra en el albero, en la barrera, en el peto de un caballo o en el lienzo escarlata de

una muleta. Un toro perturba y emociona sólo con que mire de frente a un hombre, sólo con acercarse hasta donde está, y entonces un toro es también olor a estiércol, a badana recalentada al sol, es un aliento selvático, como de sofocantes humedales, de pantanosa y afebrada canícula, es una aparatosa arboladura que a veces mueve con pesantez y otras esgrime con la soltura de dos finísimos floretes, es dos ojos como pomos de bronce o vidrio, dos ojos prehistóricos entelarañados de largas y femeninas pestañas.

De repente, un par de pitonazos brutales levantan gruesas astillas del burladero y despedazan el silencio con un estruendo de maderas partidas. El público se encoje, abre las bocas, se levanta de sus localidades, depende de cada quien, pero todos relegados a una pura mímica, todos del otro lado, en la realidad, en lo que no es sueño y silencio. Juan Buenaventura se aproxima raudo pero cauteloso a los asediados, gritándole al toro sin que *Barberillo* pueda oírlo, adelantando su enorme y engomado capote de brega.

—¿Adónde vas? Espera que Juanito lo pruebe por los dos lados, coño.

—No tiene nada que probar, *Barberillo*. Ya lo sabes tú tan bien como yo.

Se hablaron los dos con ese respetuoso sigilo con que se susurra en una iglesia, intimidadas las voces por idéntico silencio, gélido, absoluto, abovedado. Entonces el muchacho también había soñado, ¿no?, tal vez sabía, tal vez reconoció al toro como él lo había

reconocido por la mañana, en el sorteo, y al instante se le encogió el estómago al maduro banderillero.

—Bien, pero no te estires de primeras. Déjalo pasar un par de veces, ¿me oyes?, y ten cuidado por el izquierdo.

Salió el joven a la arena, garboso, oferente, pausado. En la distancia, el toro advirtió la osadía, quizá se supo a solas con su verdadero retador, se supo más fuerte y más dueño y arrancó hacia él. Hubiera bastado con un capotazo de tanteo para que Pepe Narvárez, *Barberillo*, entendiera que nada estaba escrito, que la repetición del sueño podía desbaratarse bajo la certeza de que lo real y lo imaginario solamente coincidían en contados lugares y en relevantes pero casuales sucesos como parte de su existencia en ocasiones paralela, en ocasiones trenzada, en ocasiones ajena y distante, ese doble discurrir de la predestinación y el albedrío, de lo previsible y lo mágico. Todo le apretaba al subalterno como nunca antes, la chaquetilla, el corbatín, la montera, la sed, el pecho, las mandíbulas. No temía que el animal arrollara al joven, sino que el joven lo torease tan prodigiosamente como él había soñado. El diestro se asentó en el albero con firmeza, y más parecía la parte visible de algo que estaba muy profundamente hundido en la tierra que un hombre, algo vivo que había brotado y crecido azul purísima y oro para entregarse a la fuerza ciega de un toro. *Barberillo* se aferró a la contera del burladero cuando el animal entró furioso en el capote y por unos instantes desapareció en ese primer verso de la verónica, así de

lento fue el lance, tan extremada fue la apariencia de prestidigitación y taumaturgia con que el diestro envolvió la violencia del animal con el vuelo pausado de la tela. El joven matador lo recibió, más que reposado, desfalleciente, moviendo la capa con una languidez de mano que acaricia, con una morosidad de lágrima resbalando por una mejilla, y el toro apareció de golpe al final del lance, con las pezuñas por delante y el estupor de la burla enmarañado en la cara, las astas llenas de vacío y su voluminosa naturaleza arrastrada por la inercia de la acometividad inútil. El animal se volvió rápido y embistió nuevamente; *Barberillo* aflojó la presión de los dedos en la madera: no había posibilidad de que el matador tomara precauciones ahora por la izquierda, ni de que el toro le corneara, ni de que la verónica resultara deslucida, ni de que todo lo demás dejara de cumplirse: al final de la faena de muleta toro y torero, como en un inexplicable sortilegio de hechicería, intercambiarían sus vidas, sus almas, sus entidades, sus tiempos, lo que sea que uno es por dentro y asoma a los ojos, él que iba a saber si sólo había sido aprendiz de barbero en su infancia, banderillero durante dieciocho años y decoroso jubilado de los toros, moscón de taberna y narrador de anécdotas taurinas durante otros tres; él que iba a saber, si de sueños conocía lo que todos: que son confusos y apenas los recuerdas cuando despiertas.

Acerca de los sueños también había oído decir que están detrás de esa envarante sensación de que

algo que está sucediendo en el presente ha ocurrido ya, exactamente igual, en alguna otra ocasión: el gesto con el que uno se levanta de la cama, la forma en que la primera luz del día se filtra a través de las rendijas de la persiana y delimita en la penumbra de la habitación un ámbito dorado y polvoso, las primeras palabras que uno oye, Juanito Buenaventura preguntándole amodorrado desde la otra cama qué hora es, *Barbero*, todo en la mañana como una sucesión de repeticiones, como un ir encajándose desde la primera hora varios fragmentos de vida ya usados. Había bajado a desayunar solo muy temprano, café con leche, tostada de aceite y copita de coñac para suavizar la ronquera del sueño. Otro huésped del hotel le pidió al camarero más joven cambio para la máquina del tabaco, y los gestos, las voces, el ruido de las monedas revueltas en su cajetín de la máquina registradora le asaltaron con su ambigua e inquietante familiaridad a *Barberillo*, con su obcecada reproducción. Entre la taza, el platillo, la aceitera y la copa chaparra y ventruda hizo el primer torpe esbozo del toro, como al descuido, sujetando la servilleta de papel con una mano mientras la otra dibujaba, el cigarrillo humeando desde la comisura de la boca, los ojos achicados, la memoria llevando y trayendo el bolígrafo sobre la blanda superficie de celulosa en una de cuyas esquinas figuraba el anagrama del hotel. Miró el resultado despegándose el cigarrillo de los labios: no se parecía, era un toro infantil. No sabía dibujar, qué cojones. Arrugó la servilleta y empezó a recordar el día, tres

meses atrás, en que desde su puesto de vigilancia en la taberna vio a don Rafael ahuecar una mano en el cristal de la barbería buscando a alguien dentro. Qué otro negocio podía haber puesto él después de retirarse, sino aquél que le enseñó su padre cuando era niño.

La providencia había querido que la peluquería quedara justo enfrente de una tasca de techos altos, y desde allí miraba de reojo la puerta de su establecimiento, esperando que cayera por el lugar quien quisiera cortarse el pelo o afeitarse a navaja; pegaba la hebra con los parroquianos habituales y trasegaba un vinazo infame, sin denominación ni origen preciso, porque el trato con personas refinadas y la frecuentación de restaurantes de postín no había logrado que su paladar se volviera exigente y palaciego, y con lo que hubiera saboreado un crianza del Duero vaciaba no pocos pelesones. Para su vergüenza y su ruina no siempre que veía a un cliente asomarse a la puerta de la barbería cruzaba la calle, desde luego no si se había hecho corro a su alrededor y él estaba narrando alguna vivencia de sus tiempos de banderillero. Alguien había siempre que le decía entonces, señalando su negocio: “Don *Barbero*, clarines y timbales en la Real Maestranza de Peluquería”, y él se encogía de hombros, y sin levantarse de la silla seguía poniendo la mano izquierda así, bien adelantada, como el maestro Manzanares aquella tarde, o jugando los brazos despaciosamente, así, como el maestro Julio Robles, o arrastrando ceremoniosamente el imaginario capotito del Faraón de Camas.

Pero a don Rafael lo conocía bien, y apenas lo vio pegado al cristal y rastreando el deshabitado interior de la barbería se levantó algo nervioso y ya prefigurando su respetuoso saludo, salió de la taberna y se fue para él sin mirar los coches.

Aquel día el apoderado le habló largamente del muchacho, del futuro que tenía en esto, de lo mucho que se iba a hablar de él, ya lo verás, Pepe, de que era otra tijera de cortar coletas, como se decía de *Joselito el Gallo*, de que tenía algo especial, algo que se aprecia sólo con verle andar por la plaza, con empaque, de verdad, con torería, Pepe, no como estos jóvenes de hoy, que parece que torear en vaqueros; no te hablo del *Joselito* de ahora ni de Ponce, que son otra cosa; pero este muchacho es como una mezcla de los dos; es la personalidad de uno y la inteligencia del otro en uno solo; va para figura de las que hacen historia, Pepe; es todo lo que hayas oído de él y más. A *Barberillo* le elevó sobre sí mismo aquella pasión con que don Rafael le hablaba del matador recién alternativo para convencerle de meterse en la cuadrilla, como si estuviera peleando un contrato con los empresarios de Madrid o Sevilla, como si tuviera de verdad que convencerle, como si no hubiese deseado volver a los toros desde la primera vez que aflojó del cuello de un cliente el enorme babero de peluquería y, para dejar caer al suelo la borra oscura de los mechones cortados, le dio al aire un livianísimo capotazo gustándose. Necesito un subalterno curtido que vaya con el muchacho, le dijo; ya me supongo que no estás ahora en

plena forma, pero necesito experiencia, no agilidad. Una o dos temporadas, Pepe, qué me dices.

La primera vez que lo vio de cerca, *Barberillo* se dijo que le faltaban al muchacho un par de libros de texto y una carpeta para ser enteramente un estudiante de bachillerato. Casi se había olvidado de los jóvenes que parecen los jóvenes toreros. Y lo delgados, tanto que él mismo se pasó la primera hora metiendo la barriga. Barbilampiño, sonriente, algo tímido, sin esa engominada y presuntuosa afectación que Narváez temió encontrar en quien había sido novillero destacado y ahora iniciaba una prometedorra carrera como matador de toros. Aquel primer día le habló al chico de las figuras que había conocido, de las grandes faenas que había visto, de cornadas, de triunfos, de la vez en que se desmonteró en Las Ventas después de un soberbio par de banderillas sin levantar los pies del suelo, incluso del sacrificio que la profesión exigía, él, que casi siempre anduvo perdido en la bohemia. El joven le atendió, ese día y los siguientes, con un entusiasmo reverencial y casi infantil, como si nunca hubiera oído historias como aquéllas, como si la narración apasionada que le hacía le remitiera a lugares remotos y maravillosos, a un mundo ajeno a él con el que hubiera soñado toda su vida; pero cuando mes y medio después *Barberillo* entró en la habitación donde se vestía para su primera corrida de la temporada, el banderillero pudo asistir a la paulatina y prodigiosa conquista que el héroe se iba cobrando a costa del adolescente con cada prenda que le ceñían: las medias,

la taleguilla, la camisa, la faja, los tirantes, lentamente, silenciosamente, ceremoniosamente frente al espejo, retirándose poco a poco la excitable pubertad hacia terrenos donde la indumentaria no llegaba aún, el corbatín en el que él mismo prendió una medalla de la Virgen, el chaleco, la chaquetilla donde brillaba como un tesoro la dorada orfebrería de los alamares, los bordados y los caireles, y asomando al final de todo aquello un rostro nuevo, la severa sonrisa de un adulto que va a enfrentarse con la muerte.

El toro salió suelto del primer puyazo después de haber empujado con bravura; no huía del castigo, era más bien como si pretendiera arrollar todo cuanto estuviera en las proximidades para volver a acometer al caballo sin los acosos de los hombres que le rodeaban. Estaba como resentido por la injuria del dolor, como crecido en su fiereza, y entre todos sus enemigos escogió a uno y se lanzó contra él. Como en el sueño, alguien le largó un capotazo a una mano que le desvió de su trayectoria y le dejó quieto y desafiante en medio de un corro de toreros. Bajo el peso del silencio, el joven diestro se acercó a él, llamó su atención y le atrajo a los medios de la plaza correteando de espaldas. Allí, en el mismo centro, alejados ambos del resto de los actuantes, el matador le mostró el engaño sosteniéndolo desplegado frente a su cuerpo, avanzó unos pasos hacia su atenta mirada dándose tiempo, sigilosamente, juntó los pies y sacudió apenas los brazos para atraerle a su terreno. Tardó tanto en iniciar el gesto con el que se

envolvería en la capa que la cogida pareció inevitable, y cuando el toro pasó a su lado, fundiéndose con él en el lance durante un instante, el roce contra la tela bramó en los oídos de *Barberillo* como una vela rasgada, como una sábana sacudida por un golpe de viento, como un varapalo contra una manta tendida, rotundo, seco, hinchado. Luego sucedió el tenue crujir de la arena bajo las zapatillas mientras giraba de puntillas sobre sí mismo, y otro cite, y otra lenta y ceñida chicuelina, y otra, temeraria aquella quietud, abierta y flameante como un desahogo la revolera de remate. El clamor en los tendidos debía de ser abrumador, y sin embargo *Barberillo* sólo era capaz de oír el invisible piar de un gorrión hambriento reverberando en la plaza: una multitud enardecida y muda, puesta en pie y entregada unánimemente al gesto de aplaudir con incontenible emoción, miles de palmas batiéndose y sólo un gorrión bajo el claro cielo abribeño mientras el diestro conducía de nuevo al toro hasta el caballo.

En aquel segundo puyazo, Benedicto, el picador de turno, se entregó con saña, de pie en el estribo, volcado sobre el toro, aferrando las riendas con una mano, empujando ambos, el toro al caballo hacia las tablas, Benedicto la vara contra el morrillo del toro, apretando, hundiendo, el toro desplazando la cabalgadura, Benedicto temiendo la caída y dándole más vara, dándole. Buenaventura metió el capote y lo separó del peto, y aunque *Barberillo* lo había soñado y lo esperaba ya y era inútil oponerse, cuando el matador se desmonteró para pedir el cambio de tercio se

acercó a él y con los dientes apretados, procurando que nadie más pudiera oírle, le gruñó: “¡Me cago en mi alma! ¿Te has vuelto loco, chaval? ¿Es que no ves que está entero? Métele otra vez en el caballo, ¿me oyes? ¡Métele!”

No lo metió. El presidente ordenó cambiar el tercio, sonaron clarines y timbales, los picadores iniciaron la retirada, los banderilleros tomaron los palos. El matador había sonreído para corresponder a la cerrada (y silenciosa) ovación con la que el público premió su decisión de dar por concluido el tercio de varas, *Barberillo* lo vio con toda claridad: había sonreído con un asentimiento de gratitud mientras se dirigía a la barrera. Entonces él sí oía el clamoreo de la muchedumbre, estaba también del otro lado, no había soñado, no sabía nada: qué otra cosa podía significar aquella sonrisa. Pepe Narváez, *Barberillo*, estaba, pues, solo, acaso loco, acaso aún atrapado en el sueño.

Pero no, estaba bien despierto, no cabía la esperanza de despertar otra vez de una espiral de sueños sucesivos o concéntricos. Pareaban Buenaventura y *El Rubio*. *Barberillo* puso al toro en suerte de un solo capotazo, suave y bajo, dejándolo frente Juanito Buenaventura, que en el centro del ruedo estaba ya en puntas de pie y con los brazos alzados. El gorrión seguía piando como en el letargo de un patio andaluz a la hora de la siesta y los calores. No hubiera podido él ponerle banderillas, cómo herirle sin saber exactamente qué ocurriría después de la corrida, cómo sería su mirada cuando estuviera dentro del otro cuerpo

y pudiera recordar y regresara con todos al hotel. Ni siquiera se atrevía a mirarle de frente mientras Buena-ventura lo aguardaba dejándose ver: temía coincidir con sus ojos, temía ese gesto frío y reconcentrado con que un ser vivo se esfuerza por grabar la imagen de otro en su memoria. Le miraba a hurtadillas para vigilar sus reacciones, o contemplaba el bulto de su cuerpo, el denso reguero de sangre que recorría mansamente su alzado, desde el morrillo hasta las pezuñas. El toro no se movía por más que Buena-ventura le llamaba a gritos (silenciosos) y daba pisotones (sin ruido) contra el albero. *Barberillo* trataba de decidirse a cambiarle de terreno cuando el animal se volvió hacia él y le miró con fijeza, no como si le estudiara, sino como si confirmase su presencia en el lugar exacto que ocupaba, no como si deseara memorizarle, sino como si estuviera comunicándose furtivamente con quien compartía un secreto, no como el toro que era aún, sino como el hombre que acabaría siendo, posando en él sus ojos milenarios, sus ojos astutos y duros y de alguna manera esféricos como pomos de bronce, como bolas de vidrio. ¿Era él quien había soñado también? Se le heló la sangre a *Barberillo*. La res arrancó violentamente hacia Buena-ventura, que se había descuidado un instante y sólo pudo clavarle, mal, una banderilla de costado mientras corría buscando la protección de un burladero.

El segundo miembro de la cuadrilla en bajar a desayunar aquella mañana había sido Benedicto. *Barbe-*

*rillo* llevaba ya cerca de una hora acodado en la barra y tratando de dibujar cada vez más aplicadamente ese toro que sólo a media mañana iba a tener ante sus ojos. Apenas el picador se sentó a su lado y chasqueó los dedos para llamar al camarero, *Barberillo* volvió a sentir que se agudizaba esa desazón de lo redundante, de lo sabido, confundiéndose ahora el aturdimiento con una indefinible compasión por aquel hombre que empezó a hablarle de vaguedades mientras se repasaba con un dedo las durezas de la mano derecha. Benedicto no sólo tenía nombre de Papa, sino también las maneras protocolarias e indolentes de un cardenal, adiposidades de obispo, el olor a cirio y naftalina de la sotana de un párroco, la palidez de un seminarista y la voz atiplada de un monaguillo, y todo este compendio de jerarquía eclesiástica se oponía de una forma entre dramática y cómica a la ferocidad con que blasfemaba a voz en grito cuando un toro le derribaba del caballo. “No sabía que dibujabas”, había dicho después de mirar distraídamente por encima del brazo de Narváez, y éste desplazó hacia el picador la servilleta de papel como si le mostrara a la víctima de un atraco el retrato robot del principal sospechoso. “No está mal”, dijo Benedicto, y añadió, sarcástico: “¿Qué es?”. Y él pensó, con un repentino rencor que no parecía suyo: “Ya sabrás lo que es cuando se te venga encima”.

Salió a pasear por la ciudad hasta la hora en que había quedado con don Rafael para ir a los corrales de la plaza. Anduvo despacio y con las manos en los bol-

sillos por calles no del todo desconocidas, tranquilo, como si hoy no fuera día de corrida o como si nada tuviera que ver él con los carteles que la anunciaban en las puertas de cristal de casi todas las tiendas y en alguna fachada, buscando las aceras soleadas y gozando de la tibieza balsámica de la primavera, parándose frente a escaparates, mirando a hurtadillas la cara de la gente para intentar descubrir quiénes irían aquella tarde a los toros, quiénes eran abolicionistas de la Fiesta, quiénes eran absolutamente indiferentes a sus ceremonias. Cuando a las doce regresó al hotel para encontrarse con el apoderado, los inconcretos presagios parecían olvidados, todo había vuelto a la normalidad y el día se cumplía ya como debía: la furgoneta de la cuadrilla, con el nombre del matador bien destacado, dejándose ver por las calles del centro; la plaza ajena aún al festivo tumulto con el que los alrededores hervirían por la tarde; la liturgia, a un tiempo rutinaria y expectante, del sorteo.

Había cuatro corrales entre los cuales se repartían las reses: cuatro toros bravos en uno, tres en otro, muy juntos en un rincón, casi inmóviles, un berrendo escarbando en el centro del que compartía con dos cabestros y tres mansos más ocupando el cuarto y más pequeño.

Lo reconoció al instante, sin sobresaltarse, como hubiera sido lógico, con esa repentina rendición de los sentidos con que se asumen las peores y menos explicables fatalidades. Estúpidamente pensó que el penúltimo dibujo era el que le había hecho más jus-

ticia. “Aquél de allí para nosotros”, dijo con un hilo de voz, sin señalar a ninguno. “Ese berrendo va de sobrero”, le indicó don Rafael, sin dejar de sonreír. “Aquél”, repitió sombríamente *Barberillo*, levantando ahora el brazo como un profeta en dirección al corral con los cuatro toros, y, aunque no se refería a ninguno en concreto, el apoderado supo distinguir al ejemplar dominante, el que poseía una mayor majestad, el más aparatosamente armado, el que se movía entre los otros con esa pausada arrogancia de los escogidos. Todo le vino de golpe al banderillero, allí mismo, junto al antepecho del balconcillo que daba a los angostos toriles: el sueño completo, desde el silencio que precedería a su salida al ruedo hasta la estocada, toda la lidia, el desenlace imposible; le vino tal y como se había desarrollado en el sueño: sin detalles nítidos pero también sin la cualidad enigmática de los sueños, con imágenes sueltas, casi inmóviles, como una sucesión de fotografías, con certezas intuitivas ocupando el lugar de las secuencias no mostradas, con zonas oscuras que no parecían significativas frente a la evidencia sobrecogedora y absurda del intercambio final de identidades. A la salida, de vuelta al hotel, don Rafael le había dicho, sonriendo aún y apoyando una mano en su hombro. “Coño, Pepe; esto ya no tiene que ver con saber de toros; esto ya es brujería”.

Se encerró en su habitación nada más llegar. Nada tenía sentido, y sin embargo él estaba como atrapado en una relajada aceptación. Quizá la dimensión del desatino excedía los propios límites de la confusión

y hacía inútil cualquier resistencia de la voluntad o del entendimiento. No quería ver a nadie, pero sobre todo no quería ver al muchacho, no quería oírle hablar, no quería que lo hiriese su confiada jovialidad ni lo inevitable de su suerte. Bajó la persiana y se echó en la cama, tal vez confiando en dormirse para acceder a un sueño que fuera menos inverosímil que la realidad. De golpe se recordó reflejado en el espejo de su barbería, vio la melancolía azogada de su mirada, sus manos moviéndose en torno a una cabeza canosa. En la doble oscuridad de la habitación y los ojos cerrados, escuchó los chasquidos de los tijeretazos...

...Chas, chas, chas, recortando los cabellos, la oscuridad, el sonido, el tiempo, un afilado chas-chas-chas que se filtra poco a poco hacia la luz y el presente y la dorada circunferencia, que va acallándose, como todo lo demás...

Sabiendo que el animal conserva su agresividad y su pujanza casi íntegras, el diestro comienza el último tercio como solamente tiene sentido: con una reposada pero inquebrantable voluntad de dominio, cerca de tablas y castigándole por abajo, empezando ya a someterle con la rodilla flexionada, primero dejándole venir desde su derecha y pasándose los pitones por delante de la cara, luego desde la izquierda, con idéntico riesgo. En esta segunda ocasión el toro se queda más corto, se revuelve en busca de su presa con mayor premura, de tal forma que en el tercer encuen-

tro el joven matador le alarga el viaje cambiándose con solemnidad el engaño de mano en mitad de la suerte, ya cadenciosos los movimientos, ya fundidos lo temperamental y lo sereno, la codiciosa fiereza y la gallardía. Para el cuarto pase lo recibe de pie, cargando el peso del cuerpo sobre la pierna derecha, llevándosele lejos una vez más, y cuando la imaginación de quienes contemplan el comienzo de la faena quiere completar un pase similar por el otro pitón, el matador le hurta la muleta repentinamente de la misma cara, con ese aparente desdén que ha dado nombre al pase, echando el cuerpo hacia adelante sin dejar de mirar la testuz, sin separar esta vez el brazo del cuerpo y retrasando con un gesto enérgico la mano que sostiene el estaquillador de la muleta. El toro clava las manos en la arena, y los cuartos traseros, por pura inercia, se vuelcan hacia adelante, produciendo el mismo efecto que el de una fila humana en la que los últimos componentes se apretujaran obstinada y estúpidamente sin entender que la cabeza se ha detenido. *Barberillo* presume la ovación al otro lado del silencio, comprueba a su alrededor, en el callejón, el revuelo expectante, la satisfacción de los suyos, el admirativo asentimiento de todos. El matador está citando ahora desde el mismo centro del ruedo, con la muleta plegada en una cadera y la mano que sujeta la empuñadura del estoque apoyada en la otra. El toro se arranca con prontitud y Pepe Narváez quisiera cerrar los ojos porque sabe que no tomará el engaño, que le prenderá por la pierna, que le hará perder pie, que

le arrojará totalmente inerme contra el albero; pero, con el corazón acorralado y jadeante en un rincón del pecho, mira: también sabe que no va a herirle, que le levantará sin encontrar carne, alzándole con el cuerno por la corva, que no sabrá buscarle en el suelo. No oye el unánime escalofrío del público, no oye los gritos, ni el espanto de los que pueblan el callejón; sólo alcanza a ver las bocas abiertas, las manos que cubren los rostros, el gesto desencajado de don Rafael, la prontitud con que cinco o seis toreros se lanzan a auxiliar al joven matador caído.

Unos apartan al toro, otros rodean al diestro. No es nada, nada, pide calma, que regresen todos al callejón, que vuelvan a dejarle a solas con su adversario. Parece como si sólo ahora quienes están a este lado de la barrera se hubieran dado cuenta de la peligrosidad del toro, como si únicamente con la cogida hubieran recordado que será una lucha en la que el joven tendrá que demostrar todo lo que sabe y todo lo que es. Se fuma de otra manera, más ansiosamente, con nervios. Todos van a construir en sus cabezas la faena, van a dar cada muletazo, van a tratar de anticipar las intenciones del animal como si así pudieran evitar un error decisivo en la faena real que se desarrollará en el ruedo. El primer rechazazo resulta estrictamente defensivo, el toro no quiere pasar, no humilla, pretende rebañar el cuerpo con el pitón, gira sobre sí mismo como si deseara no sólo cornear el trapo, sino morderlo. El matador retrocede justo a tiempo para engarzar de cualquier modo

el segundo muletazo, la embestida sigue siendo des-templada, como un ataque ciego; el toro cree saber dónde está el hombre y lo busca, la violencia de los movimientos levanta una polvareda, cruje la arena, hay un tercer muletazo con la mano muy baja, algo menos brusco y más ceñido, el diestro no puede aún componer una figura vertical y relajada porque ha de forzar el recorrido, pero por primera vez parece que está ganándole la pelea, y en el cuarto se produce ya una sugestión de lentitud, se liberan tensiones en el callejón, es una emoción que pertenecerá a todos pero que *Barberillo* siente concentrada en él, es seguro que ha sonado un olé coral y rotundo en los tendidos, más fuerte aún, más emocionado, en el pase de pecho, obligado y expuesto, con el toro alzándose sobre las patas traseras, estirando el cuello, desorbitando los ojos, mugiendo horriblemente.

Ahora el silencio es más irreal que nunca: el público aplaude puesto en pie, enardecido, el director de la banda comienza a mover la batuta y los músicos a soplar sus instrumentos. ¿Qué pasodoble habrán empezado a interpretar mientras una constelación de estorninos cruza el cielo y arroja al cuenco callado de la plaza la estridencia de sus chillidos? Para *Barberillo* todo sucede como en una placita de tientas, donde sólo suenan los roces y todo son roces: los pies, el suelo, la tela, las pezuñas, la voz íntima del torero, el tiempo mismo; todo un roce y un eco.

El joven matador se limpia el sudor de la frente y de la nariz antes de pasarse la muleta a la mano iz-

quiera. Sonríe para sí mismo, adelanta el engaño, se lo está ofreciendo como si en la mano llevara comida, y el toro le mira largamente el pecho, le mide, le interroga. El primer natural surge extrañamente plácido, se diría que pactado entre ambos, una breve tregua antes de proseguir la contienda cuerpo a cuerpo otra vez en el límite de la tensión soportable. Antes de tomar por segunda vez la muleta, el toro se detiene para volver a estudiar al hombre y éste se cruza apenas unos centímetros mostrándole retador su vientre. En el callejón todos contienen el aliento cuando el animal inicia la embestida y el joven lo espera inmóvil, desplazando apenas el brazo para señalarle la trayectoria. Los muletazos se suceden ahora como uno solo de ida y vuelta, y al final de cada uno de ellos hay una mínima pausa para el alivio, tan corta que no permite soltar el aire endurecido en los pulmones, tan breve que rechaza el parpadeo, porque cada nueva aproximación del toro a los terrenos que ocupa el torero renueva la incertidumbre preñada de miedo que domina a los testigos. El cirujano de la plaza se revuelve desasosegado en su burladero, don Rafael parece pretender que sus huellas dactilares se impriman en la madera del suyo. Pero cuando la serie culmina con un lento y profundo trincherazo, la sensación de que el hombre ya ha vencido desata todos los nudos de la inquietud y abre una amplia puerta para que entre el delirio y la emoción como una muchedumbre exacerbada. Cita el diestro ahora con la muleta invertida en la derecha para el molinete, lo ejecuta a pies juntos, se

queda asentado para ligar el circular, lo prolonga con morosidad, lo repite aún más lentamente, la voz con que lo llama y el sonido gutural con que subraya casi interminablemente el pase reverberan en el cemento de los graderíos, el toro está entregado, otro derechazo barriendo la arena, los espectadores se incorporan en sus localidades, se desgañitan (en silencio). El muchacho no deja de sonreír, está viviendo una comunión con el animal que quizá ha soñado alguna vez, aunque de una manera distinta a como *Barberillo* ha soñado todo aquello: como un deseo irrealizable, como una perfección imposible. En la arena, entre los pies de los adversarios, se extiende la sombra de la faena, hombre y toro perfectamente ritmados, una sola mancha oscura sin resquicios de luz. El animal se desplaza no con sumisión sino con complicidad; no persigue el trapo rojo, lo acompaña. El torero no se vuelca sobre el viaje de la muleta: lo dibuja conservando una verticalidad afirmada en los riñones. Hacia el final es ya imposible disociar un cuerpo del otro, un movimiento de su reflejo, el eje azul purísima y oro de la circularidad trazada por el toro. *Barberillo* siente la proximidad de ese final y se pregunta cómo y en qué exacto momento intercambiarán sus vidas: sobre ese punto nada le ha confiado el sueño. Acaso el absurdo que ha tenido como cierto se redujera solamente a un símbolo que no acertó a interpretar, una metáfora en ese poema surrealista que son los sueños, una representación figurada de la simbiosis que han alcanzado los dos oponentes, el hombre y la fiera. En la distancia sonrío

contagiado de la sonrisa del joven torero. Eso es, sin duda, piensa: una metáfora.

Y entonces el joven se desplanta a sólo unos centímetros de los pitones, se deshace con naturalidad de la espada y la muleta, dejándolas caer al suelo, mira a los ojos del toro, se deja mirar por él, levanta una mano mientras la sonrisa se petrifica en la cara de *Barberillo*, acaricia la frente rizada, la curvatura del cuerno, el espacio que separa los ojos, en cuyas pupilas estará reflejada su imagen diminuta, convexa y líquida.

El tiempo se detiene.

El silencio se espesa.

Cuando se acercó a la barrera para recoger la espada de acero, el matador trajo consigo la severidad y el hieratismo de un dios vengativo. Tal y como había soñado Pepe Narváez, *Barberillo*, su rostro era una máscara imperfecta de sí mismo. El veterano subalterno volvió la mirada hacia el toro que respiraba agitadamente en el centro del ruedo y trató de imaginarse el terror del muchacho allá dentro, su soledad atrapada en un cuerpo ajeno, su prisión inaccesible, su dramático estupor. Se dijo que no era probable que el matador esbozara con sus labios una sonrisa ni siquiera cuando regresara azul purísima y oro empuñando el estoque cubierto de sangre; no volvería a sonreír más que con aquellos ojos prehistóricos, astutos, fríos, esféricos como pomos de bronce o vidrio. O tal vez sí. No sabía

nada acerca de lo que sucedería más allá de los límites de su sueño, interrumpido al amanecer justo cuando la hoja de la espada se hundía por completo en el cuerpo del toro y estallaba al fin, perfectamente audible, el júbilo atronador de los espectadores.



## **Tempus fugit**

Supo que le habían matado cuando la primera calada le llenó la boca de un intenso amargor, cuando se tocó los labios y las yemas de sus dedos se deslizaron sobre un fluido untuoso y oscuro, y al apretar el filtro del cigarrillo éste supuró un espeso borbotón de brea. El primer mareo le ascendió desde el estómago; se apoyó en una pared antes de hundirse en sí mismo, entre sudores, frío y palidez presentida. Oleadas de inconsciencia imantaban su voluntad hacia la acera, y le bastaba cerrar los ojos para que lo invadiera por completo el vértigo ebrio del veneno.

Porque se trataba de veneno, sin duda. Al final las amenazas de los anónimos se habían cumplido, no en forma de explosivos bajo el coche, ni a manos de un francotirador o de un encapuchado encañonándolo desde muy cerca; no atacaron primero a su hija, como prometieron, ni él fue capaz de presentirlo todo segundos antes, ni su asesinato estaba armando a su alrededor el alboroto que siempre supuso. Sin estruendo, sin sangre: era solamente un hombre sentado en un portal que se moría en silencio.

El primer vahído empezó a remitir y las náuseas se le aquietaron, pero siguió renunciando a pedir ayuda; no tuvo fuerzas para hacerlo, o comprendió que era inútil, o le venció la vergüenza. Se moría sin remedio pero no deseaba esa falsa compasión de los desconocidos, no deseaba la multitud de morbosos, el voluntarioso auxilio de los mejor intencionados, la solicitud o la mera curiosidad de los que se quedarían vivos.

Cuando sintió que recuperaba el dominio sobre su pensamiento y su cuerpo, intentó recordar dónde había dejado aquella mañana el paquete de tabaco, al alcance de quién, durante cuánto tiempo. Trató de imaginar qué procedimiento habría seguido su asesino para emponzoñar el cigarrillo; de pronto tuvo una idea y buscó a sus pies lo que quedase de él: sucio, medio consumido por el fuego, hediendo a caucho quemado; y ni siquiera era la misma marca que el resto. Acaso el asesino había dispuesto una última posibilidad de salvación; hubiera bastado con advertir el cambio. Ya era tarde. Tarde para sospechar, y tarde para buscar un remedio. Lo asumía con ese fatalismo del que lo esperaba, pero también con la familiaridad de quien lleva años conviviendo con el crimen, décadas tratando con víctimas y verdugos. Tal vez lo mejor hubiera sido ponerse en pie ahora que aún podía, parar un taxi, tratar de llegar a un hospital, luchar por una última esperanza. Pero no lo hizo. Se quedó allí, sentado, aguardando el desfallecimiento final y repasando su vida. Se le antojó lo más adecuado.

Ahora sí que todo parecía haber pasado demasiado rápido. Nunca entendió en qué diablos consistía la teoría de la relatividad, ni qué consecuencias tangibles trajo su formulación, ni cuáles eran exactamente las razones por las que su descubridor había pasado de habitar el inaccesible templo de la genialidad científica a compartir con los Rolling Stones la celebridad de una lengua. Su problema, como el de tantos otros, había sido en los últimos años el de la fugacidad de la vida, el de la desequilibrada relación entre espacio y tiempo: el brevísimo espacio en que cabían cincuenta y tres años y el tiempo real durante el cual los fue cumpliendo casi sin darse cuenta. La idea de una pizarra llena de raíces cuadradas, quebrados e incógnitas por despejar era algo que difícilmente podía asociar a la certeza de haber malgastado su vida, pero llevaba bastantes años lamentando su nula aptitud para las matemáticas y la física, su falta de atención la primera vez que le hablaron de Einstein, su incapacidad para acudir a cualquier método capaz de detener el tiempo, más aún, de hacerlo retroceder. Y no se trataba de una percepción que le aturdiese hoy, en el mismo umbral de la muerte, sino una evidencia que lo acosaba desde la treintena: la vida, en realidad, llevaba mucho tiempo escapando de él.

El trabajo y la paternidad le envejecieron poco a poco pero de golpe: siempre es esa paradoja, en todos. En su caso habían sido tareas policiales: fue saltando de crimen en crimen, fue viviendo sólo para ese día en que podría ir dando respuesta a cada uno de ellos.

Una tras otra las semanas laborales se resbalaban con falsa lentitud hacia un domingo que luego se reducía a un intervalo de nada, a un deprimente pórtico del lunes, otra vez lunes, otra vez mediados de mes, otra vez otoño o la primavera, Navidades o Semana Santa, año olímpico o de elecciones.

Luego estaba la paternidad, siempre absorta: también fue envejeciendo, y también sin darse apenas cuenta, mientras era testigo de cómo su hija pasaba de la lactancia a la comida sólida, de gatear a caminar por sí sola, de las palabras sueltas a las conversaciones coherentes y a menudo contestatarias, de los pañales a las compresas higiénicas, de la desobediencia infantil a la desobediencia adolescente, del temor a la oscuridad y al lobo a los retrasos de los sábados por la noche y a los novios indeseables. Así se les pasa la vida a los padres, pensaba con frecuencia: entre el urgente anhelo de ver crecer a los hijos y el inútil deseo de que no sigan haciéndolo.

Ahora se moría, estaba ya virtualmente muerto; toda verdad se reducía a eso y a la evidencia de que ni uno solo de los pares de piernas que cruzaban frente a su muerte modificaban su ritmo. Hoy podía lamentarse de no haber cambiado tantas cosas sin que eso le condujera a la melancolía: era su particular acto de contrición. No se arrepentía de haber pecado; se arrepentía de no haberlo hecho en los momentos oportunos y en los lugares idóneos.

Volvió a sentir que perdía la cabeza, que el aire no alcanzaba los pulmones, que los latidos del corazón

se perseguían enloquecidos a sí mismos. Su cuerpo se ramificó en escalofríos, los miembros perdieron consistencia, un hueco expansivo partió de la nuca, erizó sus cabellos, le nubló la vista.

Cuando entrevió a su hija detenida junto a él, creyó en primer lugar que ya había muerto, y casi al instante que estaba salvado, no sabía cómo, ni por qué. La miró con lágrimas en los ojos y sin sorpresa: la cercanía del final, como los sueños, le otorgaba a todo una lógica incuestionable. Pronunció su nombre, y al instante se arrepintió: su propia voz tenía esa intensa delgadez de la agonía, y de esa forma regresaron los peores presagios. Quiso volver a llamarla, pero ya no pudo. Apenas tuvo tiempo de observar cómo ella se agachaba, como recogía del suelo, con dedos asqueados o precavidos, los restos del cigarrillo, cómo los metía en una pequeña bolsa de plástico y se alejaba sabiendo que nadie, salvo un cadáver, hubiera podido asegurar que la vio junto a su padre aquel día.



## Trópicos urbanos

La mujer tarda unos segundos en darse cuenta de que no es un montón de trapos de colores lo que su perro trae en la boca, sino otro animal, un loro, el hermoso guacamayo que su vecino ama más que ninguna otra cosa que posea. Y está muerto, piensa, de eso no cabe duda, pero qué has hecho, *Turco*, y al instante le invade el miedo. Sí, el guacamayo militar traído de algún selvático rincón de Sudamérica, verde esmeralda, azul en las remeras, carmesí en la frente y la cola. El exotismo se le ha ido con la vida, ahora está sucio, está muerto a sus pies, y *Turco* la mira a ella con la alegría del juego, con la boca abierta y el rabo cimbreante, y la mujer sabe que algo malo va ocurrir por culpa de aquello.

Lleva una hora en el jardín, pintando sobre un lienzo lo que tiene enfrente, el césped ligeramente declinante, las franjas de acera, calzada y acera, el césped ligeramente ascendente, la fachada idéntica a la suya. Todas las casas son iguales, en todas las familias hay alguien trabajando para la misma empresa. También su vecino, el dueño del loro. La mujer vuelve la cabeza

hacia el seto que divide ambas propiedades, por instinto. Sabe que no hay nadie. Se trata de un hombre soltero, de un hombre celoso de sus cosas, tan metódico en todo cuanto hace, cuida o colecciona como su propio marido. Por eso salen cada mañana en el mismo instante, vistiendo trajes oscuros y sosteniendo maletines idénticos, se saludan por encima del seto con fingida cordialidad, alzando unos centímetros sus similares sombreritos, se montan en sus coches y desaparecen hacia las plazas de aparcamiento contiguas que tienen asignadas en los bajos de la empresa. Ambos se detestan, o quizá ni siquiera eso. No es por el perro. Es cierto que *Turco* ha husmeado alguna vez entre sus macizos de flores, las rosas y los malvaviscos que él cultiva con un esmero de dama inglesa, y que el estrépito de sus ladridos le resulta de todo punto intolerable, según afirma iracundo al menos una vez por semana. Pero no es por eso. Su mutua antipatía viene de antes, de siempre, del mero hecho de ser vecinos, de ser compañeros de trabajo, de ser hombres. Ahora la mujer ha dejado caer la paleta y el pincel, y permanece quieta. El perro levanta una pata, jadea de contento.

Por un momento le alienta la posibilidad de que el loro no esté muerto. Quizá sufrió un colapso de terror cuando *Turco* empezó a jugar con él, quizá podría mover las garras en cualquier momento y darse la vuelta y erizar sus plumas. Pero no tiene vida. No es sólo que permanezca inmóvil. Es que no tiene vida, es una cosa. Se agacha con cierto asco. No hay nada más

muerto que el cadáver de un animal con alas, aunque éstas estén plegadas; no hay nada que transmita tan rápidamente la sensación de carroña, ni nada tan repulsivo como el denso y suave plumaje que la oculta. De cerca advierte que las manchas no son de sangre, como había pensado, sino de tierra. Imagina la escena: su perro vio de lejos que el loro estaba fuera de la jaula y caminaba con su vaivén de marinero borracho por el porche del vecino, se acercó a él ladrando, le hostigó sin malicia, sin ánimo de morder, tal vez tratando de que le dijera alguna de aquellas cosas que sabía decir, su propio nombre, *Rrrrubén*, con aquel murmurar vibrante y agargantado, *Laprincesaestátriste*, *laprincesaestátriste*, o *Comounperroyaceunamordormido*, *comounperro*, *comounpeeeerro*, y él ladrándole de cerca, cortándole el paso por pura diversión inocente. Imagina al loro presa del pánico, lanzándole picotazos, despertando en el perro maneras más violentas de seguir jugando; le imagina sufriendo un colapso, sí, pero definitivo. El corazón debió de fallarle de repente. No hay marcas de dientes. *Turco* le empujaría con el hocico, le cogería con la boca, delicadamente, le arrastraría por el jardín, donde cada tres horas exactas se accionan automáticamente los aspersores de riego, le instaría a continuar la reyerta fingida. Acaso ahora esté pidiéndole a ella que lo despierte.

De rodillas junto al cuerpo muerto siente como propia la responsabilidad, la culpa, la autoría. Ha sido ella quien ha hecho aquello, y será ella quien pague las consecuencias. De igual modo, es a ella misma a

quien habla en voz alta cuando se dirige al perro, es un contacto en su propia mano lo que busca cuando lo acaricia; siempre ha sido así, ése es su juego: fingir que el perro es una compañía, que es algo más que ella sin su soledad. Pero por qué ha de saberse lo que ha ocurrido, piensa de repente. Está pensando como una niña y no se da cuenta: esconder los fragmentos de un jarrón para que no sepa nadie, nunca, que lo ha roto. Le resultaría absurdo si pudiera reflexionar, pero está tan agitada que se aferra a esa solución: dejarlo en su jaula de nuevo, como si hubiera muerto allí. Antes hay que limpiarlo, claro. Adelanta hacia el cuerpo sus manos, lo toca, siente un estremecimiento, vuelve a intentarlo, lloraría, lloraría de asco y de pena, porque está tan inerte y tan frío, porque el peso del pico, grande y ganchudo, aploma la cabeza, y eso es lo peor, la cabeza colgante, balanceándose en el aire mientras lo lleva al interior de la casa con los brazos extendidos.

En la cocina se da cuenta de que no será bastante con pasar un trapo por las plumas. La tierra está húmeda y adherida a las barbillas. Pero se resiste a ceder, es ya una idea fija la de devolverle intacto a su lugar. Intacto pero muerto. Tiene tiempo de sobra para limpiarle a conciencia, de modo que sigue intentándolo obstinadamente, aun cuando le queda probado que las plumas, una vez desprendida la tierra, conservan un aspecto lamentable. No sabe qué hacer. Se apoya en el fregadero. Entonces se dice que es a todo o nada. Peor no pueden ponerse las cosas. De modo que vuelve a coger el cadáver del loro y sube al cuarto de

baño de la segunda planta. Lo mete en la bañera y lo ducha. Ve el agua oscurecida resbalando por debajo del cuerpo, hacia el sumidero, ve cómo el loro parece adelgazar, y ya no le importa otra cosa aparte del paso de los minutos. Corta el agua, lo alza, lo aprieta un poco, sólo un poco, para escurirlo, lo sacude con cuidado, una vez, pero la cabeza muerta ejecuta un macabro baile y ella desiste de repetirlo. Sosteniéndolo con ambas manos, cae en la cuenta de que no puede llevarse al mismo tiempo el secador del pelo. Podría secarlo allí, pero dónde ponerlo. ¿En el lavabo? No, se dice. Lo baja de nuevo a la cocina, lo deja en la mesa y vuelve a subir a por el secador, tratando de memorizar cada una de las gotas que han caído en las escaleras y en el suelo para fregarlas más tarde.

Mantiene el aparato a una prudente distancia, pero no puede evitar pensar en la posibilidad de que las plumas llegaran a chamuscarse. Le sobreviene un acceso de risa. Es una risa nerviosa y no dura mucho. El aire caliente comienza a esponjar el plumaje a los quince minutos, más o menos, aunque no de una manera regular en todo el cuerpo: algunas plumas se mueven ya con liviandad mientras otras permanecen pegadas como cabello de ahogado. Pasados otros diez minutos, da por concluida la tarea. El loro parece hinchado, su aspecto es grotesco, una gran bola de lana verde y azul y carmesí. Lo atusa ya sin repugnancia, pero apenas consigue aplastarlo un poco. Busca una bolsa de deporte, sale al jardín y comprueba que la calle continúa desierta. El perro está tumbado en el

césped, mordisqueando una pelota de tenis. Lo llama, lo hace entrar y luego cierra la puerta desde fuera. Queda lo más difícil, se dice, pero después todo habrá acabado.

Recorre con afectada soltura el sendero de lajas de pizarra que conduce al porche del vecino. Busca con la mirada la jaula, pero no la encuentra. Claro que no está, él siempre la deja dentro de casa por la noche y cuando se ausenta, recuerda de golpe. Pero ya está allí, no puede volverse atrás, no quiere; alguna ventana ha de estar abierta, de otro modo cómo iba a haberse escapado el loro. Rodea la casa y, en la parte de atrás, la encuentra, entornada, con la persiana a medio bajar. Trata de entrar sin soltar la bolsa. Es imposible, necesita las dos manos. Así que la introduce y la deja caer con suavidad. Luego pasa una pierna, tantea el aire con el pie buscando el suelo, se inclina un poco más hacia el costado, el borde de la ventana se le clava en el pecho, en la ingle, en el muslo. Ya está.

El salón está casi en penumbra y completamente silencioso. Imagina el gorgoteo del guacamayo sonando allí, su voz insolente, *Rrrrubén, Rrrrubén*, la voz de su dueño repitiéndole palabras sueltas y versos. Hablarle a un loro sí tiene sentido, no es como hablar con un perro, como hablar a solas dirigiéndose a un perro. El silencio es opresivo y se diría que hace más pesado el peso muerto que transporta en la bolsa. La gran jaula está en un rincón, colgada de un soporte metálico. Ahora se imagina la lengua menuda y redonda que nunca volverá a lamer los barrotes, la

lengua cosquilleante en los labios del vecino, a quien alguna vez, por encima del seto, le ha visto darle de comer de su boca pipas de girasol o trocitos de manzana o quién sabe qué, y debía de ser cosquilleante, sí, la cabeza torcida para sortear la curvatura del pico, los ojos abiertos, expectantes, vivos. Abre la puerta de la jaula y deposita el cuerpo bajo el grueso palo en el que se sostenía. Y se va de allí.

El resto sucede rápidamente: limpia bien la bañera, seca el suelo y las escaleras, mete tres plumas verdes en una bolsa de plástico y luego un montón de papeles, camina, seguida del perro, hasta un contenedor de basura, no el más próximo, sino el que hay cuatro manzanas calle abajo. No tiene miedo de que alguien la vea. Por qué habría de tenerlo. Regresa a casa, respira hondo, se agacha para recoger la paleta y el pincel y se enfrenta al lienzo sin ánimo de pintar, como en un disimulo. Y es un disimulo que sólo tendrá sentido dentro de una hora, cuando regrese su marido, cuando regrese también su vecino.

Su corazón vuelve a encabritarse cuando le ve aparcar el coche, cuando observa el rito de todos los días: su marido alza su sombrero y al otro lado del seto el otro hombre hace el mismo gesto. Le ve acercarse a ella adelantando una sonrisa, recibe su beso, accede a entrar con él en casa, tal y como le pide con una cierta ansiedad divertida. Ella está atenta a cualquier sonido proveniente de la otra casa, de tal manera que al principio ni siquiera entiende de qué le está hablando: No te lo vas a creer: el muy cretino ha

llegado esta mañana al trabajo con una bandita negra en la manga, se le murió el maldito loro anoche y él le hizo un entierro decente, oí cómo se lo contaba a un compañero, un entierro decente, dijo, en el jardín, qué te parece, y hoy viene de luto. Entonces suena el grito, un grito horrible, enloquecido, uno de esos chillidos que hielan la sangre. El marido abre la puerta sobrecogido y ella le sigue a tiempo de ver cómo el vecino recorre velozmente los últimos metros de su jardín, tropieza y cae contra el asfalto y se queda allí sentado, dándose tirones de pelo, gritando, llorando de miedo. Ella no se acerca, sólo su marido y otros hombres que llegaron hacía unos minutos del trabajo, y algunas mujeres. Podría reír, estallar en carcajadas. Pero permanece extrañamente tranquila. *Turco* está a su lado, con la boca abierta, moviendo el rabo. Le acaricia la cabeza sin dejar de mirar el corro que se ha formado en la calle.

## Los sueños deshabitados

*Andrée, yo no quería venirme a vivir a su departamento de la calle Suipacha...*

Julio Cortázar

Ella fue casi siempre el doloroso alivio de no encontrarla, una turbadora presencia en el otro apartamento, detrás de la otra puerta, tan cerca y tan infinitamente lejos, la dulce amenaza de coincidir un día en el ascensor o en el rellano. Yo salía de mi piso y regresaba a él temblando, con la premura del que huye o del que corre a esconderse, y sin embargo rogaba al cielo verla, ingresar de golpe en el estremecedor oleaje de su perfil, de los saludos, de su sonrisa y sus ojos y su cabellera alborotada y sus caderas rozándome sin querer, pero rozándome. No sé si llegué a amarla; nunca sentí por ella lo que había sentido por mi esposa. Pero sé que la deseaba como jamás fui capaz de desear a Asunción ni a ninguna otra mujer. Y a pesar de la constancia con que pensaba en ella, no puedo recordarla en otro sueño que no sea el suyo.

En mis sueños no tengo nombre: sé quién soy, a veces también quiénes son, quiénes eran los demás. Las calles, esas otras calles, son estrechas, y hasta hace un tiempo estuvieron atestadas de gente. Al despertarme por las mañanas sólo recordaba lo que habían hecho los hombres y mujeres más próximos a mí mismo dentro del sueño, y de una forma muy vaga sabía igualmente de multitudes a derecha e izquierda, grupos de personas que debían de moverse, de conversar, de utilizar ese desordenado y absoluto albedrío que hace del subsuelo de la consciencia un lujo de experiencias sin límite, sin trabas ni leyes: los objetos son tan grandes, tan pequeños o tan numerosos como se decida segundo a segundo, los rostros modificaban sus rasgos según el antojo de mi yo más profundo, una puerta se abría y se abre a una escalera que puede alzarse hacia los sótanos o descender hasta los áticos. El mundo que esas escaleras atraviesan de arriba abajo suele ser transparente, arquitectura de cristal sin cristal, de tal forma que es posible ver los distintos niveles y, antes, a los personajes que los poblaban: siluetas desplazándose a un lado y a otro sin identidad, como si pertenecieran a otros sueños o fueran parte de la historia tramada por otros durmientes para los cuales yo también sería un hombre sin identidad en un nivel inferior o superior.

La verosimilitud es un veneno diluido en el timbre del despertador (ahora ya en una voz de la radio), un inapreciable y enmarañado veneno que respiro mezclado con la primera luz de la mañana, un veneno

de agua y jabón que va devolviéndome a la vida. El espejo del lavabo se convierte a esa hora en mi retrato, y el sentirme despierto me otorga mi propio nombre: vuelvo a ser Juan Ortiz Muñoz cuando desayuno de pie en medio de la cocina que también es ya mi cocina con una exactitud sin paliativos, y vuelve a ser Juan quien recuerda las imágenes de mi sueño, quien las va ordenando para construir con ellas un argumento; creo reconocer lugares, situaciones, formas, voy contaminando la fantasía al medirla con el instrumental de la realidad.

Durante el tiempo que ella, que Leticia, fue mi vecina, la posibilidad de lo irreal y lo maravilloso estuvo en el rellano. Cuánto llegué a amar y a temer ese rincón del Universo. Los segundos que permanecía allí, esperando el ascensor, resultaban insufriblemente breves y eternos. El asa de mi maleta se deshacía en el sudor de mi mano mientras anhelaba con desesperación alcanzar la calle, lo cotidiano, el sosiego. Su puerta me dominaba como si toda ella fuera mirilla, aun sabiendo que Leticia nunca se levantaba tan temprano. La creciente aparición de la luz del ascensor tensaba todavía más mis nervios: habría sido desesperante que en ese momento tan próximo al final de la tortura, ella hubiese impuesto su juventud junto a mí, me hubiese mostrado el recibidor de su apartamento y su cuerpo, buenos días-buenos días, obligándome entonces a compartir aquel reducido espacio durante los miles de pisos que nos separarían del portal. Salvo en tres ocasiones, esto no sucedió, y yo podía así

gozar de una corta paz que se desbarataba cuando los primeros semáforos, los primeros coches, el ruido y la claridad de la mañana reciente convertían esa falsa tranquilidad en desamparo, en decepción, en una tristeza pesada como el plomo: ya no tendría oportunidad de verla hasta la tarde.

Si mi vida fuera uno de esos dibujos que resultan de unir una serie de puntos numerados, bastaría con trazar una línea que viajase de mi maleta llena de catálogos, tomos de enciclopedias y formularios a cualquiera de las decenas de timbres que pulso al cabo del día, de aquí a las caras que aparecen detrás de las puertas, de éstas al comienzo de mi parlamento, y luego más timbres y más caras, con ocasionales variaciones entre la negativa rotunda y la aceptación cautelosa o convencida, bastaría con completar esta figura, digo, para saber que soy vendedor de libros. Mi trabajo consiste en conquistar a través de la palabra (por eso me irritaba tanto no poder decir nada cuando me encontraba con ella, con Leticia). Hablo mucho, aunque siempre es el mismo discurso recitado en el mismo tono, un texto del que no he modificado ni un adjetivo desde hace más de una década. El abuso de la voz y el tabaco que devoro entre visita y visita me han dejado una ronquera que yo he sabido modular hasta darle la apariencia de una gravedad varonilmente persuasiva. Ofrezco a mis clientes una amabilidad que no por elaborada es menos sincera. Mis años me otorgan un aspecto de credibilidad cordial, y sé que puedo ser del todo efectivo si me permiten llegar hasta las

facilidades de pago. No creo que las láminas de una enciclopedia temática puedan parecer más hermosas o más instructivas en boca de otro, ni las novelas más inmortales, ni el cosido de los cuadernillos más resistente, ni el material de las cubiertas de una piel más legítima. No deja de exasperarme la mala educación de algunos, pero jamás he sabido guardar rencor a quienes me cierran sus puertas: nadie está obligado a escucharme, aunque yo confíe realmente en la calidad de lo que ofrezco.

No creo necesario decir que mi regreso, entre las siete de la tarde y las nueve de la noche, era igual de traumático que la salida, y con mucha más razón, además, pues era entre esas horas cuando ella y yo habíamos coincidido más veces. Durante aquel año y medio (Asunción no hubiera entendido que alguien viviera tan poco tiempo en un sitio) no comí en casa para reducir a dos las ocasiones en que podríamos encontrarnos. Lo hacía en un modesto restaurante donde pronto empecé a llamar al dueño por su nombre de pila y donde aún más pronto aprendieron cuáles son mis platos preferidos; con los codos clavados en el papel blanco y granulado que cubría la mesa, me reprochaba ser tan cobarde, tan vergonzosamente infantil, construía veinte o treinta frases con las que iniciar una conversación amistosa, me imaginaba rozándola la nuca con mis labios.

Estoy convencido de que si yo pensaba tanto en ella durante el día era porque en aquellos meses dejé de recordar mis sueños, o no los tuve, que para el caso

es lo mismo. Nunca me he atrevido a culparla de ese olvido, aunque esto sucediera más o menos a partir de la semana en que ella se instaló en el piso de al lado. Tal vez parezca una idiotez, pero yo siempre me he acostado sabiendo que algo mágico iba a suceder, que al acabar la noche yo habría vivido una nueva experiencia; me tapo con las sábanas, apago la luz de la mesita y me quedé inmóvil, como cuando una sala de cine se oscurece minutos antes de que comience la película. Se podrá comprender entonces el enorme vacío que podía producir en mí esa carencia, el desencanto con el que me enfrentaba a las mañanas, la sensación de haber perdido un refugio. Hacía esfuerzos por extraer algo, un fragmento de historia, una cara, de entre tanta negrura; pero no conseguía nada, a veces una silueta que deseaba mostrarse pero que terminaba resbalando de tanto exigir su permanencia, como una húmeda pastilla de jabón cuando se aprieta.

De esta forma mi noche dejó de ser una confortable, amistosa y anárquica asamblea de fantasmas; peor todavía: dejó de ser un juego imprevisible. No sólo era seguro que no ocurriría nada tras la caída en la inconsciencia, sino que además mi cuerpo estableció unos períodos matemáticos de sueño-insomnio-sueño. A las cuatro de la madrugada, entre una escueta nada y otra, mis ojos se abrían de pronto y se quedaban fijos en las rendijas iluminadas de la persiana, en las huellas que dejaban en el techo, en un volumen envuelto en sombras, en un pliegue de la almohada pegado a las pupilas. De cuatro a cinco o cinco y me-

dia, permanecía indignado y despierto, insomne de la manera más ridícula y soportando además la acritud de unos pensamientos que ni parecían míos. Soy un hombre optimista por naturaleza, no sé si lo he dicho ya; sonrío casi siempre, me gusta ver el lado agradable de todas las cosas. He tenido épocas de depresión y desánimo, como todo el mundo, pero ni siquiera cuando miro el retrato de Asunción siento tristeza, porque fuimos felices juntos y ni su enfermedad ni su muerte fueron dolorosas. Tampoco me disgusta la soledad en que vivo; al contrario, me es gratificante. Si alguna vez me encuentro apenado, como cuando me recriminaba no ser capaz de hablarle a Leticia, son momentos muy fugaces. Pues bien, en esos interminables minutos en los cuales no era capaz de volver a dormirme, con los brazos cruzados sobre la sábana, casi desafiante, me venían ideas desoladoras, apesadumbradas conjeturas sobre mi futuro, sesgados vaticinios de una mala salud. No sé si esto sucedía porque aquél podía ser el espacio de tiempo en que mi mente estaba más pura y más inerme, o porque la falta de sueño, y de sueños, que no es la misma cosa, me hacía irritable y vengativo. Lo cierto es que apenas me daba cuenta de que ya no dormía, se iniciaba el reprobatorio parloteo detrás de mis ojos bien abiertos: la madurez te está volviendo un tipo chocante, esa golfa te ha sorbido la sesera, mírate qué facha, eres un gilipollas por continuar arrastrándote por la vida con un trabajo tan despreciable, sigue, sigue lamiéndole los zapatos a la gente para que te compre cuatro piojo-

sos libros, eres un hipócrita, un embustero de mierda, un charlatán de tres al cuarto, y cómo va a saber ella si llevas o no llevas camiseta de invierno, cretino: el frío te va a coger el pecho y a ver a quién le pides tú luego que te lleve el caldito y la pildorita a la cama. Luego, esa hora u hora y media de rencorosa vigilia acababa transformándose de nuevo en un charco de oscuridad, hasta que sonaba el timbre del despertador y todo parecía haber transcurrido en apenas unos segundos.

En realidad, yo debería haber comenzado toda esta historia hablando precisamente de esos meses durante los cuales no tuve constancia de mis sueños, haciendo ver la importancia que para mí tenían esas imágenes, tan falsas y tan ciertas, tejidas por mi mirada vuelta hacia dentro, y luego continuar contando el alivio que entonces me supuso descubrir por casualidad la forma de crear sueños de una manera artificial. Unas Navidades, la editorial para la que trabajo obsequió a cada uno de sus agentes comerciales con un radiodespertador. Yo llevaba tiempo con la idea de comprármelo, pero nunca me decidí porque sabía que es de esas cosas que acaban regalándole a uno. Al principio tuve que adaptarme al absoluto silencio en que se sume un dormitorio habituado al tic-tac de un viejo despertador que un día se retira y, simultáneamente, acostumbrar mi quietud al resplandor verde, de una transparencia esmeraldina, producido por los digitales luminosos. Supongo que nada de lo que comenzó a sucederme todas las mañanas, o casi todas, será original para

quienes ya conozcan lo que es una voz abriéndose paso súbitamente entre el letargo del sueño, una voz que dicta noticias al fondo de un túnel, esa voz sin cara que arrastra las telarañas de la inconsciencia, que viniendo desde fuera se le mete a uno dentro para hurgar entre los disfraces del pensamiento. En el duermevela, un locutor de radio engarzaba una serie de sucesos al vértice de un sueño escondido. Al accionarse el despertador, las noticias del informativo eran interpretadas por ese estado de ensoñación, las secuencias que venían a colonizar eran devoradas por la imaginación de tal forma que lo real y lo recreado se confundían. Esa voz alzaba un decorado, daba el pie de un guión, y mientras yo la oía continuar su rosario de acontecimientos, la semilla del sueño germinaba y echaba raíces en mí. Esto ocurrió por primera vez aquel día que amanecimos con la noticia del último terremoto en San Francisco. Los corresponsales de la emisora describieron con minuciosidad el violentísimo seísmo, el terror de los ciudadanos y la caída de varios edificios. Mágicamente, no sé definirlo de otra manera, el temblor y el bramido de la tierra cobraron vida en mi cerebro, se convirtieron en parte de un sueño tangible: de pronto me vi inmerso en el desplome polvoriento de las casas y en la hemorragia sucia de las grietas abiertas en las calzadas, supurantes de aguas fecales, del ignominioso fluido de las alcantarillas exhumadas; me encontré siendo una víctima más del macabro bailoteo de los puentes, del miedo

y de la locura colectiva. Y gocé, gocé de ello mientras lo vivía ficticiamente y cuando pude recordarlo, ya despierto.

No era exactamente una manera artificiosa de soñar, como he dicho quizá un poco precipitado. Carecía de la frescura de los sueños espontáneos, es cierto, pero la vivencia era de igual intensidad. Yo he asistido al tumultuoso estreno de una película famosa, luché en la Guerra del Golfo (en ambos lados), hallé el cuerpo irreconocible de una niña violada y asesinada por un miserable; yo fui el único inmigrante que logró sobrevivir al naufragio de una patera volcada por un brazo de mar a dos kilómetros de la tierra prometida; yo seduje detrás de un piano de cola a la anfitriona de una fiesta de la alta sociedad. Ampliaba las noticias, las reelaboraba desde lo más hondo de la razón. Cuántas veces habré estado todo un día dudando de si la muerte de tal o cual actor o escritor o director de cine o político era cierta o la había inventado.

Pero mis sueños no habrían bastado por sí solos para convertir mi sencilla vida de vendedor de libros en una historia que mereciese ser contada; ni tal vez tampoco mi secreta pasión por Leticia. Naturalmente que es ella quien de verdad importa en todo esto, pero no desde el distanciamiento, no como un quimérico anhelo, sino como una realidad, como un cuerpo, como un aliento, como una piel y una hondura, y todo gracias a eso que los hombres llamamos, con torpeza e insuficiencia, casualidad, gracias a un bendito error en el reparto del correo, a una carta en mi buzón dirigida a su nombre.

Un radiodespertador puede devolver la magia de los sueños. Un mes de mayo puede contener ese día que cambia la vida de un hombre. Un buzón puede adquirir sentidos, y sus oscuros rincones de metal volverse casi sagrados. Un sobre puede palpar entre unos dedos que saben no merecer tanta blancura, ni tanta vida, ni tanta suavidad contagiada por un nombre. Leí Leticia y sus apellidos después de facturas y publicidad, leí su nombre en mi mano y me estremecí. Como alguien que en un impulso se apropia de un objeto exhibido en la vitrina de una tienda y huye pausadamente hacia la calle, hechizado por ese miedo a haber sido observado, así llegué hasta mi piso con aquella carta mezclada con los otros papeles. No abrí el sobre ese día, ni ningún otro de aquella semana. Dediqué horas a contemplarla, a indagar en el nombre masculino del remitente y en la dirección de Barcelona. Pensé echarla al buzón de Leticia, y también en dársela en propia mano. Pero sobre todo pensé en tantas cartas que nunca llegan a su destino, en tantas palabras extraviadas para siempre, olvidadas en un almacén de cualquier oficina de Correos.

Un martes por la noche rasgué la parte superior del sobre y extraje el folio doblado. Lo hice de pronto, sin decidirlo. Lo hice para que no siguiera obsesionándome, para que no me acusara, con la firme intención de deshacerme de ella después de leerla.

La casualidad la había puesto en mi buzón, la casualidad había hecho que fuera la carta de un hombre y la casualidad quiso que se tratase de una carta de

amor, de una carta intensamente erótica, de la única carta que tal vez iba a existir entre dos personas que habían compartido una sola noche, pero una noche imborrable. Los hombres lo llamamos casualidad; quizás en esa imprecisión se esconda el miedo a lo inexplicable, a lo no creíble. La casualidad hizo que un hombre sin rostro, sin identidad, un hombre en un nivel superior o inferior que la vida real me ha ocultado con su opacidad, con su amable verosimilitud, describiera meticulosamente una relación sexual con la mujer que yo deseaba. No, no sé si llegué a amarla; sólo sé que no sentí celos, que desde el primer momento aquel hombre desconocido no representó nada, no fue nadie. Únicamente un vehículo, una voz, el trazado de unas palabras que me ayudaban a intentar imaginarme el cuerpo desnudo de Leticia, su reacción a las caricias, la forma que sus senos, su cabello, sus caderas, su vientre adoptaban bajo unas manos que la buscaban el placer, “Leticia, hace ya tres meses y mi mano aún sabe formar un cuenco con el volumen exacto de tus pechos, y sentirlos como si todavía se estremecieran contra mi palma y mis dedos”, “Leticia, cómo me obsesiona tu piel tan blanca, la forma en que despierta bajo mis labios”, Leticia, decía aquel hombre al principio de casi todas sus frases, “tus ojos mirando con halago al hombre que te posee, tus manos en mí, tus muslos en mí”.

Leí la carta diez o doce veces seguidas, desde el comienzo (“Querida Leticia: te sorprenderá saber de mí ahora”) hasta el final (“No nos olvidemos nunca el

uno del otro, hagamos de esa sola noche el más importante de nuestros recuerdos”), y creo que ya desde la tercera lectura decidí hacer de ella uno de mis sueños. Conocía la forma en que una voz y unas palabras podían dominar mi duermevela y adquirir vida, olor, color, sonido, gusto, tacto; había oído cerca de mí el silbido de las balas, había sentido en mi boca el sabor de un mar infestado de cadáveres, había soportado el pavoroso temblor de una ciudad.

Grabé en una cinta de casete mi propia voz leyendo, casi interpretando, la carta entera. Aquella misma noche puse el magnetófono junto al radio-despertador, apagué la lámpara y me quedé quieto bajo las mantas, esperando, con los ojos fijos en la penumbra. La idea consistía en aprovechar la enlodada somnolencia para desconectar la radio en cuanto se accionase a la hora acordada, pulsar la tecla que pondría en marcha la grabadora y dejarme dominar por las imágenes de la carta. Sin embargo, la tensión me impidió dormir las primeras noches; la excitación producida por lo que yo consideraba una extraordinaria audacia y un indefinible riesgo me mantuvo alerta.

Estuve cinco días despertándome mecánicamente en medio de la madrugada, aguardando la llegada del alba y de la voz, primero la de un locutor, después la mía. El sexto me sorprendieron las noticias dentro de mi cabeza cuando hacía sólo unos segundos (en realidad horas) que había conciliado el sueño; me precipité sobre la mesita, tomé el magnetófono en mis

manos y lo hice funcionar, pero yo ya estaba sentado al borde de la cama, completamente despierto.

Después de cada fracaso tenía toda una jornada de caminatas, de subir y bajar escaleras, de llamar a puertas, de ofrecer a desconocidos mis libros, de tener el encuentro con la Leticia real, la Leticia que no sospechaba mis intenciones ni mi secreto, sin poder dejar de pensar un solo minuto en la noche y la grabadora y su cuerpo desnudo.

Al final decidí que necesitaba algún tiempo entre el momento de poner en marcha el magnetófono y el comienzo de la lectura, que eran necesarios varios minutos de silencio para que el sueño volviera a adoptarme, aunque fuese precariamente, y volví grabar toda la carta, esta vez en los últimos centímetros de la cinta, de tal forma que mi voz empezaba a ser audible a los veinte minutos de que el mecanismo del aparato hiciese girar los agujeros dentados de la casete. Mi cuerpo y mi mente por fin aceptaron las reglas del juego; en el mutismo que siguió a la conexión de la grabadora, una mañana mi consciencia fue sedándose suave e imperceptiblemente hasta creer que escuchaba las primeras palabras abriendo la quebradiza densidad del sueño. “Querida Leticia: te sorprenderá saber de mí ahora”.

En el sueño de Leticia tampoco tengo nombre: sé quién soy, y sé que es su cuerpo el que acaricio. Ya no necesito aparatos para soñarla: aparece en la puerta del dormitorio apenas me adormezco, aunque no todas las noches. Un soplo de viento mueve su

camisón de seda; la cama se agiganta cuando Leticia se deshace de las telas que la cubren, y veo el límite de las sábanas en contraste con un espacio vacío y oscuro. Sus formas de mujer son duras o blandas, según si quiero recorrerlas con los dedos o apretarlas. Los blancos pechos se adaptan fielmente al cuenco que mis manos les han formado. Todo su cuerpo se aprieta contra mí, me insta a integrarme en sus rincones más íntimos. Por las mañanas tengo su aroma en mis brazos, y su sabor espesa mi lengua como un trapo en la boca, un sabor terroso, a humus y a placenta. No, no estoy loco, no confundo realidad y ficción. Sé que ocasionalmente la tengo en sueños, sé lo que es un sueño y sé también que no es poco. Hace tiempo que ella no vive en mi edificio. Ahora sólo es un secreto que los clientes no pueden leer en mi cara mientras les hablo de un atlas o de un diccionario enciclopédico, un secreto en el que apenas pienso, pero que acude a mí muchas noches. Mis sueños habituales regresaron: las calles, los edificios transparentes, alguna inmensa playa, sólo que ahora, inexplicablemente, todo está vacío, las multitudes han desaparecido, no hay nadie. En ellos sé quién soy: o la mirada del sueño o una única silueta que camina de espaldas. Alguna vez, en una de estas calles o edificaciones, Leticia aparece a lo lejos, o en un nivel superior o inferior. Estamos los dos solos, pero nunca se acerca si no es a mi cama. Sé que son sueños. Pero no simplemente sueños.



## Los pasadizos de la ficción

Habría sido difícil encontrar otros dos hombres que fueran más distintos entre sí. Aparentemente compartían edad, cuarenta años, pero ni siquiera éste era un dato fehaciente en el caso de Pedro Vellido; de todas formas, ahí acababa cualquier similitud. Darío Tormes era un intelectual puro, Vellido un hombre de acción. A Tormes le amedrentaban los callejones oscuros y nada le procuraba mayor seguridad que sostener un libro abierto en las manos, recorrer sus páginas línea a línea, detenerse en la esquina iluminada de un punto y aparte; Vellido estaba tallado con la parte más dura de la vida, curtido en la noche, en la periferia, en el trato habitual con el peligro. Físicamente, Tormes no poseía un solo rasgo que pudiera merecer la atención de un guardaespaldas o el recuerdo de un testigo, llegado el caso, mientras que Pedro Vellido impresionaba por su altura, por la ferocidad de sus ojos, por el intenso desprecio que se acumulaba en su sonrisa; tenía el rostro anguloso, las manos grandes, de uñas gruesas y quitinosas, de dedos azafranados por la nicotina. Darío se preciaba de ser un excelente

conversador, ingenioso, culto, a veces algo afectado, más por timidez que por pedantería; Pedro, en cambio, era lacónico como un revólver. Darío era hombre de una sola mujer, Pedro jamás había sentido verdadero afecto por ninguna. Darío era incapaz de hacer daño de una manera consciente, Pedro cultivaba una deshonestidad natural, era de intenciones sesgadas, cruel, frío, vengativo, un asiduo de la trapacería y la violencia. Darío era atildado en el vestir, Pedro no. Darío soportaba mal el alcohol, Pedro lo bebía por litros. Darío era escritor, Pedro Vellido uno de sus personajes.

Frente a él, en el panel de corcho, siempre una maraña de esquemas. De esa forma nacían todas sus novelas. Una mera estructura de ramas y nombres y notas. Desarrollar una historia completa era para Darío Tormes el proceso de infundir vida a esa cartografía arbórea, de proporcionar musculatura a las aproximaciones sinópticas, a las hipótesis de trabajo y a ciertas secuencias narrativas manuscritas precipitadamente. Para otras obras, Darío había llegado a intentar acercarse a los personajes mediante el retrato a carboncillo. De hecho, el protagonista maldito de la novela que iba creciendo a duras penas, lastrada por el resentimiento y la pereza, ya tuvo su boceto, sus bocetos múltiples, para la anterior novela (¿o sería la próxima?). Le gustaba caminar en calcetines mientras elaboraba una frase, y, lejos de distraerse con los ruidos de la casa, pensaba que oír a Sonia trasteando

en la cocina o recorriendo el pasillo con la aspiradora ahuyentaba los fantasmas de Poe o le sacaba del pozo de un fragmento de Dostoievski, pero también le unía a la realidad. No le gustaban las emociones fuertes; de su familia apreciaba sobre todo el que fuera un remanso de monotonía, y a veces, contemplando a sus dos hijos mientras jugaban, se decía que en ellos se ramificaba el esquema de su existencia en el mundo. Los días de Darío Tormes transcurrían entre la ficción y la rutina, la literatura y la realidad, Marlow remontando en un vapor el río Congo y el recibo de la luz, Vellido retorciendo un brazo y la abstracción absoluta con que sus hijos se entregaban a las Nintendo.

Se sentó de nuevo ante su mesa de despacho y abrió una carpeta. También la robusta mujer que cuidaba el portal de los hermanos Manzano se estremecía cuando Pedro Vellido entraba y comenzaba a subir las escaleras; permanecía en la portería, contando los escalones que pisaba aquel hombre, escuchando la lenta aspereza de las suelas de sus zapatos, a veces volviéndose con disimulo para verificar la manera suave en que se apoyaba en el pasamanos. Aquella tarde le vio pararse en el primer rellano, encender un cigarrillo, agitar la cerilla y lanzarla escaleras abajo sin volverse. La mujer cerró los ojos apenas vio trazarse en el aire la parábola de humo.

—¡Pedro! —saludó Daniel, sonriendo ampliamente, al abrir la puerta.

—Qué hay, chico. ¿Tu hermana?

—Por ahí dentro está, fregando. Pasa.

Los hombros de Vellido casi ocupaban todo el umbral. Con las manos en los bolsillos del pantalón, se apoyó en el marco, dio una larga calada y expulsó el humo por la nariz.

—Verás: cuando venía para acá, al pasar por delante de los billares, un amigo tuyo me ha preguntado por ti. Ese chaval feo, ya sabes a quién me refiero.

—¿Dioni?

—Eso es. Le he dicho que bajabas a echar unas partidas.- Sacó un billete de veinte euros y se lo tendió sujeto entre el índice y el corazón.

—Gracias, Pedro. ¿Vendrás luego?

—Claro. Ve dando tiza.

Sobre el precipitado trotar de Daniel, Vellido impulsó el resbalón de la cerradura. El recibidor no era más que un parvo rincón al comienzo de un largo, oscuro y angosto pasillo que desembocaba en el comedor. Allí Vellido dejó caer la ceniza al suelo húmedo y, abriéndose la chaqueta, extrajo de entre el cinturón y el estómago un revólver. Rosa canturreaba en alguna habitación. El viento que entraba a través del ventanal removía el olor a detergente y a lejía. Era una tonta cancioncilla de moda, bien modulada, eso sí, que se interrumpió en piedra apenas entró en el comedor y lo encontró sentado en el borde de la mesa, con el brazo colgando a lo largo del costado y la mano que empuñaba el arma pegada al muslo. La claridad del comedor parecía haberse atenuado, de la misma forma en que lo hacía cuando una nube cruzaba el cielo. Era una oscuridad que partía del revólver.

—¿De dónde lo has sacado?

Él no contestó. Dio una calada y luego se desprendió de los labios una hebra de tabaco.

—¿Dónde está Daniel? —preguntó ella de nuevo, con un ligero temblor en la voz.

—No me dijo dónde iba, sólo que tardaría un buen rato.- Levantó la mano y le mostró el arma: fue como si las sombras se concentraran en el tambor, en el cañón, en el aro que protegía el gatillo.—  
¿Te gusta?

Rosa intentaba disimular que tenía dificultades para llenar de aire los pulmones. “He encontrado trabajo”, le oyó decir mientras se acercaba a ella. “Escolta privado. No guardaespaldas, ni gorila, ni matón. Escolta. Servicio de protección. Voy a protegerle el culito a un tío forrado, pero voy a hacerlo con clase”. No pensó ni en un solo momento que fuera a matarla, no era esa la razón por la que temblaba. Pero sabía que tras las brasas de esa mirada vendrían sus manos, el aliento en el cuello, la brutalidad, la cama a la que él la empujaría sin contemplaciones, cómo podía amarle, cómo, la ropa casi rasgada, la desnuda indefensión, cómo era posible, qué había en ella de malo, de sucio, cómo podía aflojarse a ese placer tan caro.

¿Por qué escribía aquello? Hacía tan sólo cuatro meses le había entregado a su editorial la que sin duda era su mejor novela. ¿Por qué en un espacio tan corto de tiempo había pasado de la plena satisfacción creativa a la caída en la literatura por encargo? Porque a Flavio, su editor, le había parecido demasiado buena

para que pudiera atraer la atención de los lectores. Tiene madera de novela de culto, le había dicho.

—Y con ello no quiero decir que no la haya entendido, Darío; es decir, una chica acude a un detective para pedirle que averigüe si su hermano toma drogas, y el detective, un verdadero hijo de puta, decide hundir a toda la familia: seduce a la madre, enreda al padre para que se apropie de un dinero de su empresa y luego lo delata, consigue que detengan al chico por narcotráfico y a la pobre chica la deja haciendo la calle. Y todo eso que suena tan bien —entiéndeme, te hablo como editor—, no resulta entretenido. Está ahí y es la trama, pero el lector medio se sentirá intelectualmente sobrepasado por una historia que sabe a Highsmith pero se digiere como Joyce. No pretendo ofenderte, ya sé que no escribes novelas de entretenimiento. *Una tragedia española* te consagrará como el mejor escritor de tu generación y a mí me cubrirá de prestigio, pero antes tenemos que conseguir que la compre alguien. No te pido que cambies una sola coma, pero te propongo escribir una con el mismo personaje. Una novela sencilla, que pueda venderse bien y prepare el terreno a ésta. Algo que sucediera antes. Mira, hay un episodio del que se habla aquí de pasada, cuando mencionas que dos años antes un chico llamado Daniel se había suicidado al averiguar que Pedro Vellido, su héroe, el hombre al que admira, fue culpable de que mataran a su hermana. Ahí lo tienes. Qué te parece. Si logramos una primera entrega que resulte comercial, para cuando los lectores se den

cuenta de que la segunda es literatura de verdad ya se la habremos vendido.

Ahora una sola cosa le alentaba en su trabajo: que nadie iba a aceptar, en principio, que Vellido saliera indemne de todo lo que estaba por ocurrir o había ocurrido ya, de alguna manera, en la mente de Darío, en los esquemas clavados con chinchetas en el panel de corcho. Nadie lo aceptaría, en efecto, y sin embargo todos encontrarían oculta y vergonzosamente placentera la forma brutal en que el personaje se conducía. Ése era su único estímulo para enfrentarse a esta prevaricación literaria, esta reconstrucción de un pasado ficticio que precediera a una historia concebida como única y cerrada en sí misma.

No obstante, desde el comienzo, desde el mismo planteamiento que los esquemas prolongaban minuciosamente hasta el desenlace, el argumento se le antojó insostenible: Ernesto Alcázar, un empresario que ha contratado a Vellido para que le proteja, es asesinado en plena calle. En medio de la confusión, y sin que nadie se dé cuenta, Vellido extrae una agenda de entre las ropas del herido. En esa agenda hay nombres y datos comprometedores para determinadas personas, y Vellido no duda en chantajearlas. Es amenazado, pero no lo amedrentan. Mata a una de las víctimas de la extorsión, y, a su vez, los sicarios de otra secuestran y asesinan a la chica de Vellido, Rosa. Luego, el hermano de Rosa, Daniel, se suicida...

Era difícil anticipar a qué podría llegar a saber, pero en su gestación apestaba.

Pronto fue evidente que no había viento que hinchase las velas del proceso creativo. Cada frase en la pantalla del ordenador era una tentativa de avance que el cursor deshacía hacia atrás. Ya antes había sufrido ausencias de inspiración, envaramientos que duraban días, mariposas jugando sin posarse. Pero esta vez era distinto: los datos, las derivaciones, los pormenores que constituían el bosquejo de la obra parecían estar secos, como ramas muertas. Rosa Manzano hubiera podido redimir la historia, un personaje apenas mencionado en *Una tragedia española*, sólo un nombre asociado a un crimen que ahora tendría que adquirir personalidad, cuerpo, voz, una mirada sobre las cosas. Deseaba utilizarla para invertir simbolizaciones o reforzar la contraposición de contrarios, el bien y el mal, el yin y el yang, el labio y la espada. Sin embargo, el hecho de que Rosa se rindiera a la brutalidad de Vellido en la primera escena que compartían vació su entidad literaria. Con la corteza hueca de Rosa Manzano entre las manos, pocas razones quedaban para la pasión por contar: lo que en la novela anterior había sido el puro placer del narrador de historias, el reto excitante de batirse con las palabras, ahora era un suplicio solitario.

A duras penas consiguió acabar los dos primeros capítulos. Los recursos de farsante con que lo hizo posible no le sirvieron ya en el tercero, y en el instante mismo en que Ernesto Alcázar había de salir del coche y caer abatido a tiros, la proa del argumento encalló pesadamente en un banco de vacío.

Toda la semana estuvo angustiado. Se negaba a entrar en su despacho, encender el ordenador, teclear el nombre de Alcázar y ver los siete caracteres junto al cursor intermitente e inmóvil. Sonia empezó por entonces un puzle de miles de piezas, y por alguna razón a Darío le desazonaba la tranquilidad y el gozo con que ella se entregaba a componerlo en el salón. El séptimo día decidió que la agitación que le provocaba el rompecabezas se debía a que se trataba de algo inacabado, compuesto por una infinidad de pedacitos pequeños e irregulares, muy pequeños, demasiado para sus dedos ansiosos, y esa pequeñez era como un largo arañazo en una pizarra.

Y a pesar de todo, hubiera podido pasarse meses contemplándola hacer aquel puzle, totalmente ocioso.

La noche de aquel séptimo día, no obstante, se encerró de nuevo en el despacho. Llevaba consigo una botella de brandy y una copa, pero no empezó a beber hasta que Sonia apagó el televisor varias horas después y le dio las buenas noches desde el otro lado de la puerta. Paladeó el primer trago antes hacerlo descender por la garganta. Había roble y fuego en aquel líquido, pero no le transmitió un sabor placentero y al alcanzar el estómago ardió un instante como una antorcha lanzada a un pozo. El segundo trago pareció que se lo administraba en una herida, el tercero tuvo ya un cierto rasgo de nobleza entre aromas venerables a barniz viejo, a azúcares tostados, a óxido. Con el cuarto hizo el gesto excesivo de volcarlo de un golpe en la boca, entonces tecleó “Alcázar”, respiró hondo

con los ojos cerrados, esperando; luego observó cómo los dedos índices saltaban de una tecla a otra, “salió del coche abotonándose la americana”. Bebió y tecleó durante algo más de una hora, un poco inconsciente ya y arrastrado por la acción. Es posible que mirase en alguna ocasión el panel de corcho, tan sólo para constatar que Vellido desciende del auto detrás de Alcázar, aunque sus últimos recuerdos iban a ser unas gafas de sol, un chicle masticado con ruda insolencia, grupos de personas caminando por la acera que se encogen cuando suena el disparo: sus dedos yendo y viniendo de las letras al tabulador como si fueran capaces de colocar todas las piezas al dictado, también en el inicio del sueño, la cabeza flotando en la almohada —pero cuándo-, a oscuras, el tecleo persistente menudeando en su cabeza.

Y llegó la mañana siguiente, poco a poco, la cama vacía por el lado de Sonia, la sensación de haber dormido muy profundamente el sueño de los ebrios, un sueño de tinieblas antiguas, sin formas, ni colores, como quizá sean los sueños de los nacidos ciegos: destellos entre brumas, sonidos, tactos en las yemas de los dedos índices.

Las persianas estaban echadas, pero la mañana debía de estar muy avanzada. Logró con esfuerzo deshacerse de toneladas de fatiga, incorporarse, salir de la cama. Se demoró bajo el agua de la ducha, y durante un instante supo que había sido una mujer en su sueño, o que lo había sido en una vida anterior. A veces ocurren brevísimas traiciones de la memoria

que delatan con un gesto la secreta identidad de otro gesto borrado. Aquella mañana, bajo la ducha, fue el dorso de la mano acompañando el deslizarse del agua por el largo cabello que la nuca dividía, casi una melena, casi un gesto femenino que no le pertenecía, que venía de antes, de otro tiempo, de otra vida u otra forma de consciencia, el cabello empapado a uno y otro lado del cuello, no tan largo como para alcanzar el pecho —los pechos- pero lo bastante como para llegar, adherido por el agua, más allá de la clavícula. El pelo y el gesto de una mujer bajo la ducha en un breve instante insertado en la vida de un hombre de cuarenta años.

Había una nota en la mesa de la cocina: he salido con los niños, la cafetera está para encenderla, un beso, Sonia. Entró en el despacho vestido tan sólo con el albornoz y llevando una taza humeante en la mano. Abrió las ventanas. No recordaba haber utilizado la impresora, pero allí estaban los folios, sobre el teclado. Tuvo un acceso de bochorno anticipado antes de empezar a leer, y eligió una línea suelta entre dos párrafos: “Vellido ya estaba muerto cuando se desplomó en el suelo”. Sonrió. De modo que... Confusa borrachera, sin duda. Se puso las gafas, se sentó en el sillón, despacio, como conociendo la fragilidad de la intriga, y comenzó por la primera línea.

Sonó el disparó, a lo lejos, una detonación aislada que hizo enmudecer las aceras. Involuntariamente, Vellido se llevó la mano cerca del cuello, mirando a la gente detenida en el tiempo. Buscaba en sus caras una

respuesta, no sabía cuál, pero sólo hallaba desconcierto. Vio a Alcázar huir en cuclillas mientras él mismo indagaba con los dedos qué era lo que le habían prendido tan cerca del cuello. Se miró la mano. “Mierda de tirador”, dijo, sin un ápice de turbación. Ahora buscó la herida entre la humedad que iba empapando la camisa. “Ni siquiera ha rozado a ese gallina de mierda”. El segundo disparo le cogió de sorpresa, la más breve que pueda imaginarse, porque en la misma fracción de segundo sintió también que se vaciaba hacia dentro, muy rápidamente, sin tiempo para darse cuenta de que las gafas de sol le habían estallado y tenía la cabeza abierta. De pronto la vida era un dolor frío, instantáneo y final.

Vellido ya estaba muerto cuando se desplomó en el suelo.

Darío volvió a sonreír, aun cuando el deleite estaba ahora contaminado con la incomodidad de lo imprevisto y con una tímida intuición, apenas nada, tan absurda. El resto del texto no tenía mucho sentido. Buena parte se reducía a describir el teclado, el monitor, la luz del flexo, el sol alto, unos terrados con ropa tendida, una escalera, una calle, la botella de brandy, el mareo, cosas así. Rasgó los folios y encendió el ordenador. Casi le sorprendió comprobar que el pasaje que acababa de leer estaba allí, en el archivo llamado “Tercer capítulo”. Borró hacia atrás, letra a letra, línea a línea, párrafo a párrafo, y escribió: Alcázar. Entonces se dio cuenta de que todo volvía a comenzar, el mismo envaramiento, las mariposas jugando sin posarse.

Nada. Se descalzó, se puso a caminar por la habitación, esperando. Alcázar. Alcázar qué. Alcázar salió del coche; luego, detrás, Vellido; sonó un primer disparo. ¿Alcázar cae, se arrodilla, aúlla? Nunca había estado tan en silencio la casa. No. Alcázar huye en cuclillas. Alguien lo toma del brazo precipitadamente y le lleva casi a rastras hasta un portal cercano, dejando a Pedro Vellido de pie junto al coche, palpándose la base del cuello, creyendo todavía en un balazo fallido, levantando desafiante los ojos hacia los terrados. Era tan fácil recordarlo sin separar las manos del teclado... De alguna manera había estado allí mismo, encogiéndose cuando sonó el segundo disparo y aquella montaña de hombre se vino al suelo. En la chaqueta del empresario se queda la agenda que hubiera debido alimentar el resto de la historia, nombres y cantidades inalcanzables del lado de la vida, de la luz, de las voces. Así había sucedido, y no era un desatino. El protagonista de la novela estaba irreparablemente muerto al comienzo del tercer capítulo. Todo había concluido.

—Pero no puede ser...

¿Acaso no sucede así la muerte, no es siempre una traición del tiempo, una ruptura? Tecleó: Alcázar, coche, disparo. Palabras. Cerró los ojos y pensó en un cuerpo sin vida tendido en la calle, se acercó a él, un poco agachado y con los hombros contraídos, tratando a un tiempo de no mirar la enorme herida de la cabeza y de confirmar que era Vellido, sin duda. Admítelo, se dijo: Se acabó. Aquel cabrón estaba muerto. Muerto del todo.

Se echó hacia atrás en el sillón, mordiendo una de las patillas de las gafas, no tan aturdido como para que la sonrisa se desvaneciera del todo. Esta novela, pues, no tenía sentido, no podía ser escrita, y ésa era la idea que saboreaba con complacencia. No iba a ser fácil explicárselo a Flavio —y aquí la sonrisa se sonorizó en las fosas nasales-, ¿pero qué puede hacer un simple escritor contra la muerte? *Una tragedia española*: no había más novela. Debería habérselo dicho allí mismo, en su despacho: Lo tomas o lo dejas. Todos estos esquemas, y nombres, y derivaciones que ya no... Fue entonces cuando se dio cuenta de que Daniel había desaparecido.

Sintió un escalofrío. Cada uno de los cuadros sinópticos en que estaba resumida la novela capítulo a capítulo contenía una rama, una llave, una línea que desembocaba en un espacio en blanco. Alrededor de esa ausencia estaban los nombres de Rosa, de Vellido, de Alcázar, de todos los personajes, menores o mayores; estaban las caracterizaciones, la descripción de escenarios, el cálculo del tiempo narrativo, pero, inexplicablemente, no había ni rastro de Daniel. En los espacios vacíos estaba definida su huella, la impresión que perdura en el mundo real de todo cuanto se crea con el pensamiento y la palabra y es esquivo, sensorial, inefable. Darío rozó con las yemas de los dedos la superficie de los folios clavados en el corcho. No había borraduras. Abrió de nuevo el archivo informático del tercer capítulo, y el texto que había escrito la noche anterior seguía allí, a pesar de haberlo borrado hacía unos minutos.

Cogió la copia de los dos primeros capítulos, los leyó con ansiedad creciente. Al final del primer capítulo, Pedro Vellido llega a casa de los hermanos Manzano, sube las escaleras mientras la portera le observa a hurtadillas, enciende un cigarrillo, la puerta está entornada, Vellido entra sigiloso y cierra tras de sí, Rosa canturrea en alguna habitación, huele a lejía perfumada. No estaba Daniel, no abría la puerta, ni le cogía el billete de entre los dedos, ni se precipitaba escaleras abajo. Trastornado, se acercó a la estantería y buscó la copia encuadernada de *Una tragedia española*, esperando encontrarla también modificada: los hechos que allí se contaban no podían haber ocurrido si Vellido había muerto dos años antes; así de absurdo, y de horrible. Pero en sus páginas nada había cambiado, salvo el hecho de que no se mencionaba a Daniel y de que todo era una farsa, el protagonista un impostor de sí mismo, la trama tan imperfecta como la mentira de un niño, el estilo tan rudo como si hubiera sido escrito a martillados.

El cristal de la ventana le mostró a un hombre en albornoz, un hombre con la mirada perdida, despierto, abatido, un hombre atrapado en el cristal de una ventana, semidesnudo. Oyó el cerrojo de la puerta e instintivamente se cerró el albornoz sobre el pecho. Sonia apareció ante él con las llaves en la mano, sonriendo aún. Los niños hablaban entre ellos al fondo del pasillo.

—¿Qué ocurre, Darío?

—Pasa. Tengo algo que decirte.

Eligió un hotelucho de las afueras. La recepción estaba envuelta en un silencio triste y sombrío que se prolongaba a lo largo de las escaleras y a través de los estrechos pasillos. Apenas entró en la habitación, supo que aquélla era la clase de lugar donde Vellido se hubiera alojado: un armario empotrado de una sola puerta, una mesa desnuda, una silla, una modesta cama de matrimonio con el colchón hundido en el centro, una bañera tras una mohosa cortina de plástico, todo concentrado en un espacio pequeño, como si las paredes hubieran ido acercándose entre sí muy poco a poco a lo largo de decenas de años. El recepcionista ya le había advertido que el retrete era de uso común y estaba al fondo del pasillo. Dejó el maletín del portátil en la mesa, y en el borde de la cama la bolsa de viaje y la toalla que acababan de entregarle. Echó un vistazo a su alrededor: de cuánta soledad podrían dar testimonio aquellas paredes, de cuánto naufragio, de cuánto sexo furioso, sexo breve, sexo solitario, sexo mercantil.

—Necesito la copia de mi novela —le había dicho dos días antes a Flavio por teléfono—. Pedro Vellido ha muerto.

—¿Te has vuelto loco? Dime, cómo llevas esa otra. ¿Tienes ya el título?

—No hay ninguna otra novela. Mete *Una tragedia española* en un sobre y envíamela por correo. Te llamaré. Lo siento, Flavio. Dame tiempo.

También Sonia estaba segura de que había perdido el juicio. Él la tomó de las manos justo antes de

salir de casa. Estaba sentada en una silla del recibidor, con los hombros caídos: Ya te lo he explicado, cariño, he de hacerlo, siento que he de hacerlo, le dijo, agachado junto a ella. No serán más de dos días, tres a los sumo. Se incorporó y cogió la bolsa. Todo se arreglará, te lo prometo.

Y sin duda el propósito que le había llevado allí era el de un perturbado: no saldría de aquella habitación ni tomaría alimento alguno mientras durasen sus pesquisas; durante ese tiempo, el que fuera necesario, convertiría el reducido entorno del ordenador en una ventana dada a la ficción, a través de la cual accedería al mundo de sus personajes, los buscaría, los interrogaría, los obligaría a hablar. Se serviría del alcohol, porque así había empezado todo; bebería sorbo a sorbo, con un cuidado expectante, esperando reencontrar una línea disimulada en la dimensión imposible de un sueño, el umbral que él mismo había trazado y borrado durante su borrachera; bebería gota a gota, si fuera preciso, con prudencia, sin sobrepasar aquel otro estado de embriaguez cuyos límites desconocía. Sólo así podría desandar los pasos que había dado en aquel laberinto.

Aquella misma noche, después de haber bebido la mitad de una de las cinco botellas de brandy que traía, describió con precisión el cadáver de Pedro Vellido y la calle en que yacía, fue delimitando el escenario como si formara parte de él, acercándose con palabras al cuerpo sin vida, mirando su cabeza vuelta hacia el otro lado, el cuero cabelludo abierto entre

astillas y sangre, los brazos en cruz, una de las piernas extrañamente doblada bajo la otra. Mientras escribía, mientras se hacía caminar a sí mismo por el medio de la calzada, entre gentes que sólo ahora empezaban a levantarse del suelo, y sorteaba un zapato abandonado, y se fijaba por primera vez en el pie descalzo de Vellido, mientras buscaba con los ojos a Ernesto Alcázar, y a ratos los posaba en esa gran herida abierta que era el rostro de su protagonista, siguió bebiendo mecánicamente, dejándose envolver por un vértigo cada vez más ceñido a las sienes más estrecho todo más inclinado a los lados en su vaivén de camarote más cerrado y caluroso y náusea.

Se despertó a las tres de la mañana dentro de la bañera, con los pantalones húmedos y la espalda aterida. Nunca es tan torpe un cuerpo como cuando trata de salir de una bañera vacía, sobre todo si el cuerpo está gobernado por la ebriedad y la postura se ha mantenido durante horas. Se quitó la camisa antes de pasar la primera pierna al otro lado, y el pantalón y los calzoncillos a los pies de la cama, entre cuyas sábanas se introdujo como si hubiera rodado hacia ellas desde muy alto.

Al día siguiente lamentó haber incluido el ayuno dentro de su plan de trabajo. Toda la mañana estuvo paseando por la habitación en calcetines, seis zancadas de una pared a otra y vuelta, asomándose a ratos por el ventanuco que daba a un patio interior para instalarse en la melancolía de una lluvia fina y callada. Temía beber demasiado y perderse de nuevo entre una

maraña de caminos imposibles, y lo que consiguió fue un estado de sobriedad tan austero que lo incapacitó para el desvelamiento de la ficción. Hacia las cuatro de la tarde —imaginó a Sonia en la placidez de la sobremesa, tal vez mirando también el día gris a través del ventanal, tal vez un disco de Billie Holiday para canalizar esa llovizna, *Everything happens to me*, los platos recogidos ya, los niños en su cuarto, viendo la tele-, tomó un largo trago de brandy. El líquido le escoció en los rincones de la boca y cayó en el fondo del estómago vacío como jirones de una cortina en llamas. Bebió un segundo trago y notó de inmediato que se mareaba. Encendió un cigarrillo, el primero en nueve años, y se sentó en el borde de la cama para no caer al suelo. La colchoneta era delgada y el bastidor del somier se le clavaba en los muslos. Se sentía mareado pero lúcido. La costra de la resaca aún en los párpados, el hambre, el humo del cigarrillo. Volcó en su boca otro vaso de brandy y fue como arrojarlo a unas brasas. La llamarada se elevó por dentro hasta los cervantinos *aposentos de la cabeza*, y él se dejó caer de costado en la cama con el vientre desgarrado. Desde muy lejos notó las primeras convulsiones de la náusea, y sabiendo que iba a vomitar se puso en pie dificultosamente y se dirigió al borde la bañera, donde se vació de lo poco que tenía en las tripas sudando cristales de hielo y perdiendo contacto nuevamente con la consistencia de su cuerpo.

Recobró el conocimiento pausadamente, como construyéndolo con esquemas o piezas de rompeca-

bezas. Estaba en el suelo, junto a la bañera. Hacía frío: el ventanuco estaba abierto, entraba humedad y noche, y aun así podía oler la acidez del vómito tan próximo. No tenía fuerzas para enfrentarse al ordenador, y mucho menos para reiniciar el seguimiento de sus personajes. Las horas, que hasta el momento habían transcurrido con rapidez, se volvieron estáticas: era el mismo instante cuando se tumbó nuevamente en la cama, y el mismo instante dos horas después, cuando seguía pensando en Sonia. Con el primer golpe de tos se intensificó el dolor de cabeza. La cama deshecha resultó ser un lugar sumamente inhóspito, en donde querer extender sobre el cuerpo la sábana y la colcha conllevaba la pretensión de arrojarse con una maroma retorcida; en una de las vueltas del embozo se desplegó un abanico de telas superpuestas que dejaba al descubierto las piernas pero abrigaba más o menos el pecho y el cuello. Siguió tosiendo un buen rato, roncamente, y a ratos volvía pensar en Sonia samaritana, Sonia confidente, Sonia cordura, atrapado en un largo instante de insomnio y frío, qué absurda la intención que le había llevado allí, aquella desatinada persecución de un simulacro de simetrías, qué absurda y qué estéril la parodia de perfección en que acabó convirtiéndose la tarea de escribir esa última novela, qué absurdo y qué cierto lo que sin embargo había ocurrido aquella otra noche, dos disparos que no sonaron hasta la mañana siguiente, un personaje tendido sin vida, otro huyendo del papel sin dejar rastro.

No sabía qué hora era cuando le despertaron unos golpes en la puerta. “¿Quién es?”, preguntó, intimidado. “¿Va todo bien?”, dijo una voz. “¿Quién es?”, repitió Darío. “Recepción. Hace dos días que no sale de la habitación, señor. ¿Está enfermo, o algo así?”. “Nada que no se cure con un poco de descanso, gracias”. “Si necesita hacer una llamada...”. “Todo está bien. No hay problema. Mañana estaré mejor”. “¿No quiere abrir la puerta, señor?”. “Preferiría no salir de la cama”. Pasó todo un minuto de insoportable silencio antes de que al otro lado dieran su conformidad, de acuerdo, señor, disculpe.

Limpió la bañera como pudo, luego se echó agua por la cabeza y se enjuagó la boca. Aquel día, sin probar el brandy, tecleó la descripción de la calle donde vivían Daniel y Rosa Manzano mucho más detalladamente de lo que nunca había imaginado; inventó un emplazamiento en el margen izquierdo del río, y se obligó a avanzar por una acera de baldosas ligeramente abultadas por las raíces de los árboles, escribió que el cielo estaba cubierto, que había llovido pero ya no lo hacía, que la gente caminaba con paraguas en la mano, sorteando los charcos. Dejó atrás el centro sanitario abandonado desde hacía tanto, el desbordar de los árboles por encima de la valla de cemento, la fachada de la comisaría. En el texto el caminante no tosía, ni su respiración era dificultosa, ni sufría aquel dolor en las tripas, ni estaba sucio. Cruzó a la otra acera, en la esquina una mujer le hacía señas a un taxi. Utilizaba la minuciosidad narrativa porque crear una mañana,

una calle mojada, unos cartones medio deshechos por la lluvia entre dos contenedores de basura o una mujer regañando a su perro junto a una cabina de teléfonos le aliviaba del encierro. El salón recreativo se abría a una calle estrecha y mal asfaltada, en las inmediaciones de la plaza de toros; con un teclear incesante se hizo entrar en un ámbito donde el sonido estaba tejido con disparos láser, bruscos empujones en los futbolines, chasquidos de bolas de billar.

Página nueve de nueve sin que hubiera salido de una larga acotación cinematográfica. Encendió un cigarrillo y al mismo tiempo escribió que lo encendía. Expulsando el humo, se preguntó cómo reconocería a Dioni —*ese chaval feo, ya sabes a quién me refiero*—, y qué le diría cuando se acercase a él. Estoy buscando a Daniel Manzano, qué otra cosa.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Dioni me mira sorprendido, escribió; luego se detuvo para pensar una respuesta, tan mecánico todo, tan de este lado que carecía de sentido.

—Hace días que no viene por aquí.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—No lo recuerdo. ¿Para qué le busca?

—Quiero hacerle unas preguntas acerca de Pedro Vellido. ¿Conoces a Vellido?

El muchacho echa una ojeada a su alrededor antes de responder.

—Éste no es un buen sitio para hacer preguntas, a menos que tenga una placa de poli en el bolsillo, y ni siquiera así.

Un golpe de tos le quebró el pecho. Se puso en pie y se asomó al ventanuco. Caía nuevamente la tarde. El patio estaba a oscuras y en silencio. Volvió hacia la mesa y cogió la botella de brandy. No iba a beber hoy.

—¿Por qué no se olvida de todo? —escribió, sin sentarse. —Vuélvase a casa, amigo. —Dioni regresa al taco de billar y al botellín de Coronita.

Durante varias horas siguió insistiendo, inútilmente. Recurrió a la novia de Daniel Manzano, un personaje apenas esbozado en sus notas que le obligó a escribir el rímel en sus ojos, la puntita de una tachuela bajo el labio inferior, la negación, el asombro que le añadió un ceño fruncido al gesto de masticar chicle con el calculado toque de grosería de una chica descarada, cómo desaparecido, señor, no le entiendo, desaparecido de dónde. En los bajos de la casa de los Manzano la portera le miró de arriba a abajo al tiempo que se frotaba las manos en el delantal, media tarde aún en el texto, no, no tengo idea de dónde pueda estar el chico, por casa hace días que no aparece.

Durmió a ratos, desvelado por las sacudidas de la tos. Al amanecer de aquel cuarto día los ojos abiertos espantaron la imagen de Sonia sorprendida en el final de un sueño. Darío trató de aferrarla, pero se desvaneció en apenas unos segundos, así como el sueño mismo e incluso la propia razón de que estuviera pensando en Sonia, como si hubiera despertado sólo unos segundos antes de que el olvido acabase su trabajo. El primer trago de brandy pareció revitalizar

algunas sensaciones que tenía ya por perdidas, y casi sin darse cuenta se supo reclinado sobre el portátil, persiguiendo las palabras con los dedos índices, tan enajenado por el acto de teclear que al leer minutos más tarde lo que había escrito no fue capaz de reconocerlo como suyo. Sonrió. Había descubierto un acceso y no sabía cómo; el texto estaba invadido de sonidos muy nítidos: la insolencia de las bocinas, los motores de los coches retenidos en un atasco, el ladrido de un perro; la casa era vieja y más allá del alto zaguán las paredes deprendían un leve aunque inconfundible olor a humedad, menos acre que el de las axilas de la portera.

—Mire, disculpe si me meto donde no me llaman —dice—, pero, ¿por qué no se vuelve a su casa? Su mujer le espera. Y cuando digo su mujer no me refiero al tazón de sopa caliente que tan bien le vendría ahora, ¿a que sí?, ni al par de manos que podrían tenderle una cama como Dios manda y limpiarle esa leonera donde se hospeda, ni al hombro en el que apoyar esa cabecita suya que un día se le va a ir para no volver. Verá: lo que usted llama gustoso remanso de monotonía familiar ella lo llama la vida que se escapa.

—¿Cómo dice? —le pregunto, aturdido.

—Digo que la señorita Rosa debe estar en casa, que hace días que tampoco la veo.

Darío llenó el vaso y fue sorbiendo precavido. Los vapores del alcohol le velaron los ojos, y entonces fue como atravesar una bruma densa y descubrir un pasamanos donde antes estaba el mosaico de teclas: reco-

nozco las escaleras, escribió, como he reconocido a la robusta mujer que cuida el portal y sé que reconoceré el rellano del primer piso, la puerta de los Manzano, el pequeño recibidor.

Por un instante me asalta la sospecha de que no estoy repitiendo los pasos de otra persona, sino que por primera vez Pedro Vellido recorre el largo, oscuro y angosto pasillo llevando un revólver bajo la chaqueta. Las ventanas del comedor están cerradas, las persianas a media altura, Rosa me espera sentada en un sillón ancho que nunca he descrito, como tampoco recuerdo haber descrito los dibujos que he hecho del rostro de aquella mujer, una media melena de oro desvaído que bajo el agua de la ducha no llegaría más abajo de la clavícula, cejas gruesas, ojos grandes, oscuros y vivaces, pómulos redondeados, labios gruesos y barbilla ligeramente hendida.

Nos sostenemos la mirada en silencio. Nada más natural, de pronto, que convertir el encuentro de dos desconocidos en intimidad y, de inmediato, la intimidad en desafío, y cuando ella dice hola, nada más, me sorprende haber podido oír su voz, estar definitivamente inmerso en este estado que es todo un mundo propio, y entonces desvío los ojos.

Miro las paredes con una mezcla de extrañeza y ternura, una ternura indefinible e intuitiva que se acrecienta recorriendo con la mirada toda la habitación, el suelo de terrazo, los muebles pasados de moda, un viejo televisor en blanco y negro, apagado en un rincón.

—¿Te resulta familiar? —la oigo preguntar-. Supongo que no te importará que te tutee... Viviste en esta casa hasta los siete años. La calle es otra, y la entrada, aunque conociste a la portera. Hace mucho, claro. Hoy estas casas no tienen portera.

—¿Estás sola?

—¿Quién más podría haber aquí? ¿Pedro?

—Pedro está muerto —digo cortante, sin volverme hacia ella-. Me refería a Daniel. O a algún otro personaje que yo no conozca.

—No nos conoces a ninguno —y ahora sí la busco en el contraluz, y ella me sonrío y no me aprecia, lo sé al instante-. Fíjate: *Pedro está muerto*. Ya está. Era deshonesto, cruel, frío, vengativo, ¿no es cierto? Son tus palabras. Y yo me sentía sucia entre sus brazos, naturalmente. Palabras. Pero ahora te encuentras con esta casa, que no es sólo tus palabras. Te encuentras con ese cuadro, justamente ahí, justamente ese cuadro, y esa vinagrera tras el cristal de ese armario, y este sillón. Resulta que es mucho más que el piso de Rosa Manzano, hermana de Daniel, la chica del gánster. Acércate al cuadro. Abajo, a la derecha. *A. Tormes*. Antonio Tormes. No llegaste a conocer más de tres cuadros de tu padre. Ese paisajito estaba ahí mismo, los otros dos no los recuerdas.

—Quieres decir que tú eres mucho más que Rosa, y Daniel mucho más que Daniel...

—Y Pedro Vellido mucho más que Pedro Vellido.

—¿Quién era?

—Sé quién era para mí —dice, jugando distraídamente con un botón de la tapicería—. Tú hubieras tenido que conocerlo, no sé decirte.

—¿Y Daniel? ¿Puedo hablar con él? ¿Conocerle?

—Sabes que ha huido, y por qué. Sabes que fue él quien le disparó a Pedro. ¿No lo hubieras hecho tú, si con ello evitabas la muerte de tu hermana y tu propio suicidio? Es algo que se mencionaba de pasada en tu otra novela, una novela no publicada, y ahora estaba perfectamente detallado en tus notas. De modo que lo hizo sin más, y huyó.

—¿Adónde? ¿Cómo?

Rosa guarda silencio; está ahí, al alcance de mi mano, se lleva el pelo detrás de la oreja con un preciso gesto de la muñeca, tan femenino y tan libre, sus movimientos parecen ajenos a mi voluntad, ocurren, sin más, y Darío los iba escribiendo.

—Me pides que te desvele pasadizos secretos, galerías que comunican todos los libros. Podría estar en un verso, o en un atlas.

—Pero tú sabes dónde está, ¿no es cierto?

—Más o menos. Y es muy posible que no vuelva a verle nunca.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Quién eres?

—Quién sabe. Rosa Manzano, la chica del gáster, que ahora vive en uno de tus recuerdos más antiguos. Anda, vuelve a casa.

Los dedos se detuvieron al borde del teclado, lo acariciaron inadvertidamente, como reconociendo su propio tacto. Después de evaluar la botella de brandy, se echó un último vaso, muy corto, y encendió un cigarrillo.

Se dejó escudriñar por el recepcionista mientras abonaba su estancia. Luego pidió que le llamara un taxi y esperó a conocer el número antes de hacer un gesto de despedida y salir a la calle. Agradeció el aire fresco de la noche, el olor de las aceras mojadas. Respiró hondo, con los ojos cerrados. Dejó la bolsa de viaje en los escalones del hostel, se levantó las solapas de la americana sin soltar el maletín del portátil y dio los cuatro pasos que lo separaban del bordillo. Miró en la única dirección por la que podía aparecer el coche y luego se volvió hacia el neón titubeante que coronaba la puerta del hostel. Una calle solitaria, un edificio en ninguna parte: quizás hasta era la primera vez que un hombre se aleja de un sueño en taxi. Sonrió. Pero soñar no es ningún crimen perfecto, se dijo.

No llamó a Flavio hasta dos semanas después, tras su regreso de Turquía. Antes había sido necesario completar un viaje que nació en una portería irreal, se prolongó en un rompecabezas en el que pieza a pieza fue apareciendo una puesta de sol en Estambul y tuvo su culminación a orillas del Bósforo, los ojos de Sonia y Darío reconociendo conmovidos el mismo cielo erizado de minaretes que antes compusieron con sus manos. En una tetería del barrio de Sultahmet, Darío le dijo que

los seres perfectos jamás deberían unirse a alguien tan estúpido como para encontrar mayor placer en los libros que en la vida, y Sonia, sonriendo con la dulzura de una adolescencia recobrada, no se admitió perfecta más que en la belleza de instantes como aquél. En los bazares cubiertos de Bursa, la Ciudad Verde al otro lado del Mar de Mármara, compraron para los niños unos gusanos de seda, será estupendo enseñarles a cuidarlos, dijo Darío, y sólo cuando, ya en casa, logró que se interesaran de veras en los procesos biológicos que son el fundamento de la sericultura y en el prodigio de la metamorfosis, decidió telefonar a su editor.

—Hay algo peor que una mala novela —le dijo Darío —, incluso peor que una novela que no se vende, y es una novela sin vida. Entiendo en qué consiste tu parte del negocio, pero qué crees que hago yo cada mañana, cuando me siento frente al ordenador, ¿falsificar minuciosamente papel moneda? Podemos reconsiderar las condiciones del contrato, o romperlo, si quieres, asumo las consecuencias. No sé cuándo me pondré a trabajar, pero te aseguro una cosa: voy a escribir un gran libro.

—Y yo pondré en la contraportada que estás completamente loco.

—A la gente le encantará.

—En letras bien grandes, ¿me oyes?

Y todo empezó a ir bien.

Y un domingo de finales de julio, casi tres meses después de todo aquello, Darío encontró a Daniel en una fiesta de Jay Gatsby.

El hecho en sí no puede atribuirse a una torpeza del muchacho, sino a un cúmulo de coincidencias. *El gran Gatsby* era la novela favorita de Darío desde que la leyera por primera vez a los diecinueve años. Aquella sería su cuarta lectura. Llevaba dos horas embebido en la prosa luminosa de F. Scott Fitzgerald cuando, entre los invitados a la fiesta narrada en el tercer capítulo, sorprendió a un personaje del que no recordaba haber tenido conocimiento en las tres ocasiones anteriores que había recorrido aquellas mismas páginas. Se trataba de un joven de una posición social inferior a la del resto de los invitados, al que todos parecían conocer como Daniel *el Español*, y que perseguía con evidente descaro a dos chicas vestidas con idénticos trajes amarillos. Ellas, que sí habían estado siempre en aquella fiesta nocturna al aire libre, se comportaban exactamente igual que se habían comportado desde 1925, y cuando se unían al grupo de Jordan Baker y de Nick Carraway para rumorear acerca del misterioso anfitrión, *el Español* optaba por retirarse hacia la orquesta con una copa de champaña en la mano. Como tantos otros, sin duda Daniel no había sido invitado. La gente asistía a las suntuosas fiestas de Gatsby sin conocerle de nada; se metían en coches que les llevaban a Long Island, *they got into automobiles which bore them out to Long Island*, y accedían al enorme jardín con una sencillez de corazón que era su único billete de entrada, *with a simplicity of heart that was its own ticket of admission*. No era necesaria una descripción física

del muchacho: Darío le reconoció como si le tuviera delante de sus ojos.

Se puso en pie despacio, alzado por el estremecimiento mismo, sin apartar los ojos del texto. *It's Daniel —Lucille said— He can't say anything in English, but he's charming.* Es Daniel —dijo Lucille—. No habla una palabra de nuestro idioma, pero es encantador. Estaba allí impreso: Daniel Manzano cruzando la pista de lona y moviéndose al ritmo de una pieza de jazz.

Era como un secreto que ardiera en las venas, y apenas Darío cerró el libro para deshacerse de él Daniel volvió a huir a través de cualquiera de los pasadizos que comunican todos los libros. Nadie podría culpar al hermano de Rosa de haber sido descubierto a causa de un descuido suyo: Darío era el único lector que estaba en condiciones de identificarle, habían coincidido un libro entre miles de libros y un preciso instante. Cuando abrió de nuevo el libro, el chico ya no estaba. Quizá todos ellos han utilizado alguna vez cualquiera de esas galerías ocultas; quizá yo mismo las utilice alguna vez, se dijo.



## **Volver a ser**

...Sí, le conozco. De vista, vamos. Fijo que es él. Debe de vivir aquí en el barrio, o cerca. Bueno, es más viejo que en esta foto, desde luego. Mucho más. Pero fijo-fijo que es él. Quiero decir que es un señor muy mayor. Ahora anda más despacio que antes. Con bastón. A lo mejor es que le han operado de algo. A mi abuela le han operado hace poco de la cadera. Los viejos se rompen mucho la cadera. Apenas se caen al suelo. La mujer no me suena. Vamos, que no recuerdo haberla visto con él nunca. Ni con él ni sin él, vamos. Pero quién sabe. Que yo sepa, él va siempre solo. De vez en cuando se para a hablar con alguien. Con unos tíos que tocan música de no sé dónde se para mucho. Han hecho buenas migas, diría yo. No sé de dónde es esa gente, de los Andes o por ahí. Uno toca una flauta de esas de Peter Pan, ¿sabe la que le digo? Dice mi padre que antes había afladores que tocaban una de esas por la calle. Yo no sé. Los otros tocan también instrumentos como de por ahí, y visten ponchos de colores, y llevan un gorrito raro y tienen todos cara de indios. Se ponen ahí mismo, en esa esquina. Vienen

más tarde. El viejo se para con ellos y se ponen a hablar. Pues no sé de qué. Los viejos tienen conversación para todo, creo yo. También le he visto hablar mucho con la dueña de una panadería que hay más abajo, en la calle Saturno. La señora se llama María, la panadería no lo sé. Pone “Pan”, en la puerta. Quiero decir que le he visto muchas veces allí, pegando la hebra. Pregúntele a ella, no tiene pérdida. Siga por aquí y a la tercera calle tuerza a la derecha. Yo no le puedo decir nada más. Aquí vivo desde que era un moco y ya le digo, le conozco de siempre, de vista, de cruzármelo por la calle. ¿Le busca por algo? Vaya, lástima de viejo... Dígame señor. Sí, claro que sé quién es. El señor Dionisio. No, el apellido no lo sé. Pregunte usted en el edificio donde vive, alguno de los vecinos lo sabrá. En el 4 de la calle Memoria. Hay que ver lo joven y lo guapo que está en esta foto. Ya le veo yo ahora trazas de galán, no crea, aunque está ya muy pachucho. Tiene una rodilla averiada, sabe usted, y por lo que me cuenta la cosa tiene mala solución. En cuanto llegamos a viejos, todo son achaques, y cuando te duele algo lo peor es saber que ya no se te va quitar, como antes, como cuando jóvenes. Ay, quite quite, que voy ya para los sesenta y tres años. Pero le agradezco el cumplido. Tenía que haber cerrado la tienda hace tiempo, pero qué hace una en casa todo el día, sola. Aquí nos conocemos todos, y al tiempo que se gana una la vida pues se tienen conversaciones y así va pasando el día. Desde luego, el señor Dionisio es bastante mayor que yo, no sabría decirle. Cerca de

ochenta, tendrá. No, a ella no la he visto nunca. Muy guapa, también. De todas formas, no ha vivido aquí siempre. Hará cosa de quince años, no sé decirle mejor. Y creo que ya vino solo. Es viudo, ¿sabe? Desde hace muchos años, según me dijo. Tiene un hijo, pero trabaja en América, en un hospital, no me acuerdo ahora de la ciudad, sí, espere, ésa de las cuevas que sale mucho en las películas de policías. Ésa misma, San Francisco, fíjese qué memoria la mía, con lo devota que soy de mi San Francisco de Asís. Que yo sepa, el hijo viene cada dos años o así. Un año vino dos veces porque el señor Dionisio se puso malo, una úlcera sangrante que casi se lo lleva, ¿sabe usted? El hijo tiene una niña y un niño. A los niños hace mucho que no los veo. El señor Dionisio no me lo dice, pero yo creo que no vienen ya con su padre. Porque no me lo dice sé yo la pena tan grande que debe de tener el hombre, que ni siquiera se quiere desahogar. La verdad es que es muy triste. Llegar a viejo y estar así. Haber vivido tanto y estar ahora como esperando a que se acabe la película. Haber visto tanto, haber pasado tanto, la guerra y el hambre, y llegar la democracia y que se te haya ido del todo la juventud, figúrese, que es casi como haber vivido dos vidas, y de pronto darte cuenta de que eres un trasto viejo y que no tienes a nadie, porque un hijo en América, con su buen trabajo, será un orgullo, si usted quiere, pero qué solo. El hijo se divorció, cómo no. A estos americanos todo se les vuelve pintar bodas muy bonitas en las películas, y luego no duran nada. Y hacen bien,

oye. Yo creo que los niños no vienen porque la madre no les deja. Yo que sé. ¿Que se ha muerto? ¿Pero cómo que se ha muerto? ¿Cuándo? ¡Ay, San Francisco bendito! ¿En un parque? ¿Pero qué parque? Me están temblando las piernas, fíjese. ¡Pobre señor Dionisio! Si es que es verdad que hace días que no viene a por el pan. Una barra que compraba cada dos días. Como que le estoy viendo entrar. María, guapa, me dice, dame una barrita. Madre, madre, madre. Y qué solo... Dígame. Se parece a don Dionisio, sí, del cuarto. Yo desde luego diría que es él. Ah, ya le han dicho. Pues espere que me acuerde, Dionisio, Dionisio, cómo es, Dionisio Gómez, me parece, o Gutiérrez, no sé. Jiménez. No me acuerdo, pero en el buzón estará. El cuarto, sí. Cuarto C, me parece. A esta otra señora no la he visto nunca, no. Vive solo y yo creo que mujeres no han subido nunca a su casa, pero pregunte usted a Emilia, que vive puerta con puerta. ¿Y enfrente tampoco hay nadie, en el A, digo? Entonces no sé. Pues será su mujer, digo yo. Él es viudo desde hace mucho, me parece. Cuando yo vine aquí, él vivía ya, y vivía solo. Sí, tiene un hijo, un hombre muy alto que vive en el extranjero, y dos nietos, pero a los críos yo hace muchos años que no los veo. Perdone que no le pueda dar más datos. Ya sabe lo que pasa. La gente vive pared con pared y techo con suelo y no se sabe nada de nadie. Hombre, siempre hay vecinos con los que tienes más trato. Con don Dionisio ni para bien ni para mal. Quiero decir que a las reuniones no baja, y si alguna vez hemos subido juntos en el ascensor pues

hola-hola, parece que va a llover o quién habrá puesto el portal como está. Que es que hay gente muy guarra, yo si tuviera dinero de qué iba a vivir en comunidad. No, no, don Dionisio es muy correcto, vamos, parece, del trato que ya le he dicho, buenos días y hasta luego. Alguna vez sí le he visto subir con otros ancianos. Yo creo que va mucho al Hogar del Pensionista que hay aquí en el barrio. Vamos, me extrañaría que no fuera. ¿Al médico? Pues al ambulatorio del barrio, supongo, claro. Hará cosa de unos días que no le veo, sí. No habremos coincidido. O que está malo, en casa. No sé. ¿Cómo? No me diga. Pues no, no sabía nada. En el edificio no he oído nada. ¿En un parque, dice? ¿Pero en qué parque, en éste de aquí? Pues no, no, no sabía nada. ¿Y cuándo dice que lo encontraron? Qué fatalidad... Buenos días, dígame en qué le puedo ayudar. ¿Dionisio Garcés Albalaqué? ¿Albaladejo? No, no me suena nada. ¿Quién es? ¿Este señor de la foto? No, lo siento. Por aquí no viene. Espere que pregunte a nuestros mayores, a ver si a alguno le suena o le conoce... Hola, buenos días. Pedro Sánchez Alcalá, para servirle. Sí, claro que conozco a Dionisio, ¿es que le ha pasado algo? Vaya por Dios. Si es que es así, a esta edad. Te acuestas por la noche y no sabes seguro que te vayas a levantar a la mañana siguiente. Aunque te encuentres bien, que bien-bien ya no te encuentras nunca. O te levantas, te vistes y no estás seguro de que no te vayan a quitar los zapatos en el tanatorio antes de que acabe el día. No, él era mayor que yo. Setenta y ocho, me parece que tenía. ¿Y cómo

ha sido? Qué me dice, en un parque. Fíjense, no quiero decirlo pero lo digo: como un perro. No, al Hogar no venía. Él tenía amigos en un club de la tercera edad que hay en el barrio de El Zapillo, cerca de la playa. Yo iba antes también, pero esto me pilla cerca de casa. A Dionisio no le importaba coger un autobús para jugar un chinchón o una partida de dominó, pero a mí no me compensa. Yo es que soy más abierto, no me importa cambiar de ambiente, en seguida me hago con la gente. Y que aquí también hay mujeres guapas. Viejas, como yo, qué quiere, pero muy guapas. No, no, no es que Dionisio tuviera allí ninguna novia, ni nada. A ver si me entiende. Lo digo por mí. Él es más reservado. Sí, esta mujer de la foto es su mujer. No me pregunte cómo se llamaba. Murió hace como veinte años. Todo ese tiempo lleva viudo Dionisio. Llevaba. Madre mía, si es que no sabe uno. De aquí habré perdido por lo menos tres amigos, amigos-amigos. Conocidos ni sé ya los que han pasado y hasta luego. Te lo dicen a los cuantos días: se murió Fulanito, Pedro, se murió Mengano. Aquí sabemos todos cuánto tiempo llevamos viudos los viudos. Y que vienen también muchos matrimonios, ¿eh?, que ahora se vive hasta muy tarde. Fíjate, Dionisio muerto. Oye, Luis, mira, ven acá, que este señor dice que se ha muerto Dionisio... ¿Qué me dice? ¿Y cuándo ha sido, de qué? Perdone: Luis Lozano, encantado. Pues no sabíamos nada. Hay que ver, cómo nos vamos yendo. Sí, claro que conozco esa foto, Dionisio la llevaba siempre encima, cosas de viejos, ya ve usted.

Yo también llevo las mías. Las cosas que salvas de toda una vida, que no son tantas, pero que no sabes alejarte de ellas. ¿Que si le conocía? De hace muchos años, caballero. Muchos. Su hijo se llama Andrés, y es cardiólogo en un hospital de San Francisco, en California, Estados Unidos. Figúrese: les está cuidando el corazón a los americanos y el de su padre se rompe aquí, ya ve qué cosas. Porque esto es que se le ha roto. Su esposa se llamaba Amaranta. Me acuerdo porque es un nombre de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Su hijo le quería comprar un ordenador con una cámara, para que viera a los nietos y hablara con ellos por la pantalla, pero Dionisio le dijo quita-quita, que no tengo edad, y no le pudo convencer. Cámara güeb, se llama. Él trabajó muchos años en una fábrica de mantas, pero era jubilado de la RENFE. Era del norte, de un pueblo de la provincia de Zamora. Y su mujer también. Aquí vinieron en los años sesenta, y al poco nos conocimos. En el año mil novecientos sesenta y seis, exactamente. La foto que usted me ha enseñado la sacaba en cualquier ocasión, y yo le dije Dionisio, que se te va estropear de tanto enseñarla, hazle una copia, que ahora es muy fácil hacerlas sin negativo, y guárdate la buena. Pero él nada. Quita-quita, decía. Como con el ordenador de su hijo. Era un antiguo. Fíjese: si usted me enseña la foto sin decirme nada más, yo enseguida había sabido que Dionisio se había muerto. Lo de su mujer fue una historia muy triste. Pues que se murió, ¿le parece poco? Que se querían mucho y se murió. Ya no basta

con eso para que una historia sea triste. Ella se murió y él dejó de vivir, fíjese si será triste. De lo que Dionisio había sido a lo que luego fue no puede imaginarse usted lo que media. Y al poco se marchó su hijo a Estados Unidos. Él siguió trabajando hasta que se jubiló anticipadamente, a los sesenta. Qué iba a hacer: trabajar. Era factor, y yo maquinista. No, a mí de cosas de la Guerra no me contó nunca nada. No sé yo que le pasara nada fuera de lo normal; vamos, entiéndame, que normal no hay nada en una guerra. Del hambre sí que hablamos, de eso no se libró ninguna persona honrada, pero de la Guerra, como ninguno de los dos combatimos, pues poca cosa. Como no fuera de aquella vez que le pararon en la calle para preguntarle si sabía dónde vivía Fulano de Tal, y él se lo dijo, como si le preguntaran que dónde estaba la plaza Mayor, ¿entiende usted?, pues siga todo recto y a mano derecha, por ejemplo, y a la mañana siguiente el hombre aquél apareció en la cuneta, ya sabe. Pero vamos, ni compararse con otras vivencias de la Guerra. Y él no lo contaba como un trauma, ni nada de eso. No lo contaba. Yo lo sabía, de alguna vez que habría salido el tema, y ya está. Sí, es cierto, aquí al Hogar no le gustaba venir. Está muy cerca, me decía. Qué sé yo. Después de haber ido y venido tanto en los trenes no le gustaba quedarse como quien dice en la puerta de casa para juntarse con los amigos. A mí sí me gusta esto. No sé si se ha fijado, pero nos dicen nuestros mayores, ¿sabe usted?, nuestros mayores, y a usted quizá le resulte tonto, o ñoño, pero nos gusta.

Nos gusta ser el algo de alguien. Y oiga, que sé que es un eufemismo. El último, por ahora. Ancianos por no decir viejos, tercera edad por no decir ancianos, personas mayores por no decir tercera edad. Yo lo próximo no lo conoceré ya, y lo primero parecía que todavía no me incumbía, ya ve. Personas mayores, que se ha quedado en mayores, solamente. Mayores con reparos, como decían antes las películas. Ay, cómo se va acabando esto. Ni las películas entiende ya uno. No porque sean difíciles de entender, sino porque las historias les ocurren a gente muy diferente a la que uno ha conocido a lo largo de toda una vida. Están las películas que hacen para tu generación, y están las que hacen para la generación que viene justo detrás, y uno ya tiene, ¿cuántos?, ¿treinta?, y todavía te alcanza para decirte a ti mismo: son películas para críos. Y no es que sean para críos. Es que siempre se hacen las películas para los de una edad muy concreta. Vamos, pienso yo. Lo malo es cuando empiezan a hacerlas para la generación que viene detrás de la generación que viene detrás de la tuya. Entonces ya tienes cuarenta, y ya no son películas para críos, son películas de vaya cómo está la juventud de hoy. Y ahí tienes diez años para hacerte a la idea de que se te ha ido la vida. Aunque quede mucha por delante, se te ha ido. Amigo, pero cumples cincuenta y eso te alivia de haber cumplido cuarenta. Qué coño, con perdón, estás en el ecuador de la vida, te dices. Fíjese que estupidez, el ecuador. Como si cincuenta fuera la mitad de lo que te toca vivir. La esperanza de vida del ser humano no

son cien años. Pensarlo es algo psicológico, ¿sabe usted? Es a causa del sistema decimal. Si se pensara en el ciclo biológico de uno en función del sistema sexagesimal, el ecuador serían los treinta, que es la mitad, más o menos, de lo que vivían casi todos los hombres cuando yo era niño. ¿Se ha fijado que es esto mismo, pero al contrario, lo que pasa con los contadores de los surtidores de gasolina? Es psicológico, ya le digo. Mientras le echamos al coche combustible miramos esos contadores tan parecidos a un reloj digital; es casi como poner en hora un reloj: el del video, el del radiodespertador de la mesita, el del mismo coche, y cuando los decimales se acercan al sesenta aflojamos, vamos más despacio, para que no se nos descuadre la cifra redonda, y de pronto caemos en la cuenta de que la gasolina se echa por el sistema decimal. Perdone, sí, yo es que me pongo a hablar y me creo que nadie tiene otra cosa mejor que hacer que escucharme. En fin, que Dionisio pensaba como yo de estas cosas, por eso le cuento. Era más callado, eso sí, más reservado... Qué hay, señor, ¿le gusta nuestra música? Son canciones tradicionales de nuestro pueblo, señor, el pueblo aymara. Procedemos de lo que hoy se llama Bolivia, señor, del Departamento de Potosí. Bueno, señor, esto es una quena, esto otro que toca mi compañero es un charango, aquello otro un situ o zampona. Ay, sí que es lindo este instrumento. Lo llamamos chullo chullo. Este chullo chullo está hecho de caracolitos, pero puede estar hecho también de. Ay, sí, reconozco la foto. Es del señor Dionisio, señor, qué le pasó, nada

bueno o no tendría usted la foto. Mire, señor, nosotros tenemos todos los documentos en orden, ahorita se los enseño. Ah, gracias, señor agente, pero si quiere se los enseño de todos modos, de verdad, todo está bien. Bueno, el señor Dionisio era un viejito muy agradable. Lamento lo que le pasó. Le gustaba nuestra música. Pasaba y se quedaba a platicar. Le gustaba contar que llevaba sangre de los primeros indígenas que Cristóbal Colón se trajo acá al regreso de su primer viaje. Decía que era como un secreto que habían ido transmitiéndose de padres a hijos desde hacía cientos de años, y que se sentía nuestro hermano, decía, aunque ya hiciera mucho mucho tiempo que se habían mezclado con los indígenas de acá, con los españoles, quiero decir, señor. Nos cogía de la mano y nos decía que era como cerrar el puente o el círculo, y nos llamaba hermanos. Bueno, no sé si era cierto, señor agente. No soy un hombre instruido, se lo decía así a don Dionisio, le decía mire, no he podido estudiar mucho, sabe, pero yo creo que aquellos debían de ser de otro pueblo distinto al nuestro, de aquellas islas, del Caribe; a nosotros nos descubrieron más tarde, señor, le decía, y, con todos los respetos, don Dionisio, yo creo que no fue ya don Cristóbal Colón. Bueno, ésta es su mujer, señor. No recuerdo cómo se llamaba, perdóneme. Amaranta, sí. Murió hace tiempo. A don Dionisio le dolía, porque contaba que primero había delatado a su padre, al padre de su mujer, quiero decir, siendo casi un niño todavía, en la guerra de ustedes, sin saber que lo estaba delatando, y que luego

le había dejado a ella írsele así, tan pronto y tan joven. Yo creo que era desgraciado, y que nuestra música le hacía bien. Compró nuestros discos, ¿quiere verlos? Doce euros, señor. Gracias, señor, gracias. No, no nos habló de su hijo. No sabíamos. ¿Nietos? No, no sabíamos. Nos hablaba mucho de su mujer, eso sí, decía que se le había ido como se va de entre los dedos el hilo de una cometa. Decía que así, tan solo, se sentía más hermano de nosotros, pero quién sabe. Era muy viejito, sabe, señor, y a veces los años confunden, pero quién sabe... Pase, por favor. Siéntese. Espero que no haya tenido que esperar demasiado. Los médicos de atención primaria somos el rompeolas sanitario de estos cambios bruscos de temperatura. Ya ve cómo estaba la sala. De todos modos, tenemos tiempo, la consulta de la doctora Acosta no empieza hasta dentro de, déjeme ver, diez minutos, vaya. En fin, no es mucho, y me temo que no haya en todo el centro de salud un lugar adecuado para que hablemos. Dígame en qué puedo ayudarle. Dionisio, Dionisio. Sí, creo que sí. Efectivamente, es él. Son muchos pacientes, muchas caras y nombres. Las caras no es problema, los nombres ya es más difícil. Hablo por mí, naturalmente. Pero es él, sí. Tendrá cuarenta años más, ahora. ¿Ha ocurrido algo? Ah, lamento oírlo. Pues realmente temo que no vaya a resultarle de mucha ayuda, sobre todo si, como dice, su visita no tiene carácter oficial. Porque no hay ninguna investigación abierta, me ha dicho, ¿verdad? En fin, le diré lo que pueda. Ya conoce cómo funciona esto. La confianza médico paciente

es un principio básico. ¿Puede repetirme los apellidos? Hoy nos fallan hasta los ordenadores. Van lentísimos. Repítame. ¿Garcés, ha dicho? Albaladejo. Sí, aquí está. En fin, dígame. No, no padecía ninguna afección coronaria. Eso puedo decírselo porque las enfermedades que no tenía quedan, evidentemente, fuera del secreto profesional. No era un enfermo de corazón, al menos no acudió nunca a consulta con problemas de este tipo, ni consta en su historial, hasta donde veo aquí, que se le recetase ningún medicamento relacionado con problemas coronarios o de tensión, no. Algún problema de rótula recientemente, en efecto. Un problema serio, pero que se limitaba al ámbito de su movilidad, por supuesto. Algo digestivo, también. Nada más. Y luego, pues los achaques propios de la edad. No, no constan tampoco problemas de salud mental. En absoluto. Desde aquí, al menos, no se le ha derivado, y estoy seguro de que no refirió nunca ningún episodio preocupante relacionado con esto, no. ¿Tristeza? Sí, quizá. Puede imaginarse. No recuerdo ahora si tenía familia o no. Un anciano solo está indefectiblemente abocado a la melancolía. Ya le digo. No, no recuerdo que hablara nunca de su mujer o de sus hijos. Su hijo. Bien, no lo recuerdo, realmente. ¿Antepasados indígenas? Vaya, es curioso que me haga esta pregunta. Sí dijo una vez algo, pero naturalmente no le di mayor importancia. Bromeamos. Me dijo que casi podía considerársele un milagro médico. Me lo dijo mientras le tomaba la tensión y en un tono muy distendido. Ahora me acuerdo. Me dijo, sí, que

procedía de uno de los seis, me parece que dijo seis, indígenas que Colón trajo de su primer viaje; del único que sobrevivió lo bastante como para tener descendencia, dijo. Yo no soy historiador, no sé decirle. No sé si eran seis, o si de verdad sobrevivió alguno en un medio tan distinto al suyo, o si es realmente plausible que algún descendiente, más o menos próximo a aquel tiempo, pudiera haberse cruzado, permítame la expresión, mezclado, en fin, relacionado con una mujer española u occidental. No sé. Estamos hablando de un ser de otro mundo en la España del siglo quince-dieciséis. Estamos hablando, digámoslo sin tapujos, y según el concepto de la época, de un salvaje. No hace falta ser historiador para imaginarse todo tipo de limitaciones digamos sociales. Pero tampoco recuerdo con exactitud la conversación, de modo que. Estoy hablando un poco por hablar. Le seguí la broma, di por sentado que era broma. Le pregunté que por qué un milagro médico, y él me respondió que su sangre llevaba quinientos años luchando genéticamente contra un entorno hostil. Algo así. Una broma. En cualquier caso, un razonamiento coherente, lúcido, aun cuando en lugar de una broma se tratase de lo que llamamos fantasías de viejo. Bien, nada preocupante. No, nunca había visto este objeto. ¿Es del señor Albaladejo? No, nunca me lo enseñó. Es como un abalorio, ¿no? Sí parece antiguo. No sé decirle. Tampoco soy arqueólogo. Podría ser un suvenir de Centroamérica o podría ser una auténtica pieza precolombina. Desde luego, para mí sería una sorpresa mayúscula

que realmente estuviera investigándose la posibilidad de que este señor fuera, en fin. Si es sólo cosa suya, y si todo lo basa en este objeto, quizá esté dejándose llevar por, no quiero desanimarle, pero no es mucho. Ahora, si se le está dando crédito yo sería el primero en lamentar no haberle dado la importancia que tenía. No sé, me hubiera gustado... Inspector, espere inspector, sí, inspector, eh, verá, bueno, perdone que le aborde así, yo, bueno, he estado, quiero decir que sé lo que ha estado haciendo todo el día, y le honra, créame. Sí, estoy un poco nervioso. He estado por aquí también estos tres días. No no no no, no le he estado siguiendo. Bueno, quizá un poco. No, no soy de este barrio, vengo por las mañanas, y trato de, no sé. Usted tenía la foto, y eso ayuda. Yo fui la última persona que le vio con vida. Le vi, sabe usted. Le vi. Y él a mí. Cuando usted salió de la panadería entré yo, como si tal cosa, y supe. Dionisio. Sé quién lo mató. Lo mató la tristeza. A esa edad se tiene que volver todo balance, aunque no se quiera. En qué va a pensar uno cuando está tan cerca del final. Se sentó en un banco frente al mío. Hablamos cuatro cosas y de pronto se fue resbalando hacia un lado. Cuántas vueltas le ha de dar uno a esa edad a todo lo que se ha vivido. Los tracios tenían por costumbre meter en una urna, al final del día, una piedrecita blanca o una piedrecita negra, según cómo les hubiera ido; cuando se acercaban al final de la vida, sólo tenían que abrir la urna y contar las piedrecitas para saber si habían sido felices o no. ¿Cree usted que coincidiría la cuenta con

la sensación que tuvieran? Yo no lo sé. Estaba tan solo. El viejo, digo. Usted le ha devuelto la visibilidad, ¿sabe? Los viejos y los perdedores, ya se sabe. Usted ha ido preguntando aquí y allá, y a cada pregunta ese pobre hombre muerto ha ido recobrando su cuerpo, su rostro, su nombre, su vida. Y sé que usted lo ha hecho de corazón, no para completar un informe policial. Ahora tome una foto mía. Tómela. No espere a que muera, a que alguien me vea morir a solas en un parque, o a que no me vea morir. Quiero deshacer el trabajo de meses. Quiero volver a ser. Quiero mi cuerpo y mi vida. Tome, cójala. Le diré en qué barrio vivía yo antes y en cuál vivo ahora.

**Juan Herrezuelo** nació en Palencia en 1966. Vive en Almería desde 1978. Licenciado en Filología Hispánica, fue miembro de la tertulia literaria "Calle Suipacha" y ha colaborado en distintos medios de comunicación. Es autor del libro de relatos *Desde el lugar donde me oculto* (La General, 1991) y de la novela *El veneno de la fatiga* (Alianza Editorial, 1999): «Ante *El veneno de la fatiga* el lector puede experimentar la alegría de encontrarse con el poder del español para transmitir ideas muy complejas y expresar con ambición creativa sensaciones y sentimientos demasiado íntimos u oscuros (...) Una de las mejores novelas de los noventa» (Juan Marín, *El País*).

Es miembro del Instituto de Estudios Almerienses.

*Pasadizos* es un conjunto de nueve relatos en los que predomina la voluntad de jugar con el lector a través, fundamentalmente, del extrañamiento. En cuatro de ellos se describe la meticulosa planificación de un desatino, en uno alcohol y metaliteratura se dan la mano, en otro una faena taurina es desarrollada literariamente mediante procedimientos próximos al realismo mágico, tres giran alrededor de un crimen, uno atraviesa horrorizado un campo de batalla oculto en un tablero de ajedrez y dos, el primero y el último, se desvelan como extremos de un laberinto circular.

Del primer libro de relatos de Juan Herrezuelo (*Desde el lugar donde me oculto*, 1991), el ensayista y crítico literario Ignacio Soldevila afirmó que «la capacidad imaginativa del creador hace que el lector quede vorazmente enganchado en las tramas de cada uno de ellos, y en su sorprendente originalidad temática o en la resolución de sus planteamientos». Nada más ajustado a la voluntad del autor también en la concepción de los cuentos reunidos en este nuevo volumen: atrapar la atención del lector igual que trataría de hacerlo con quien escuchase su narración oral.

9 788481 084894



ISBN: 978-84-6106-489-4

